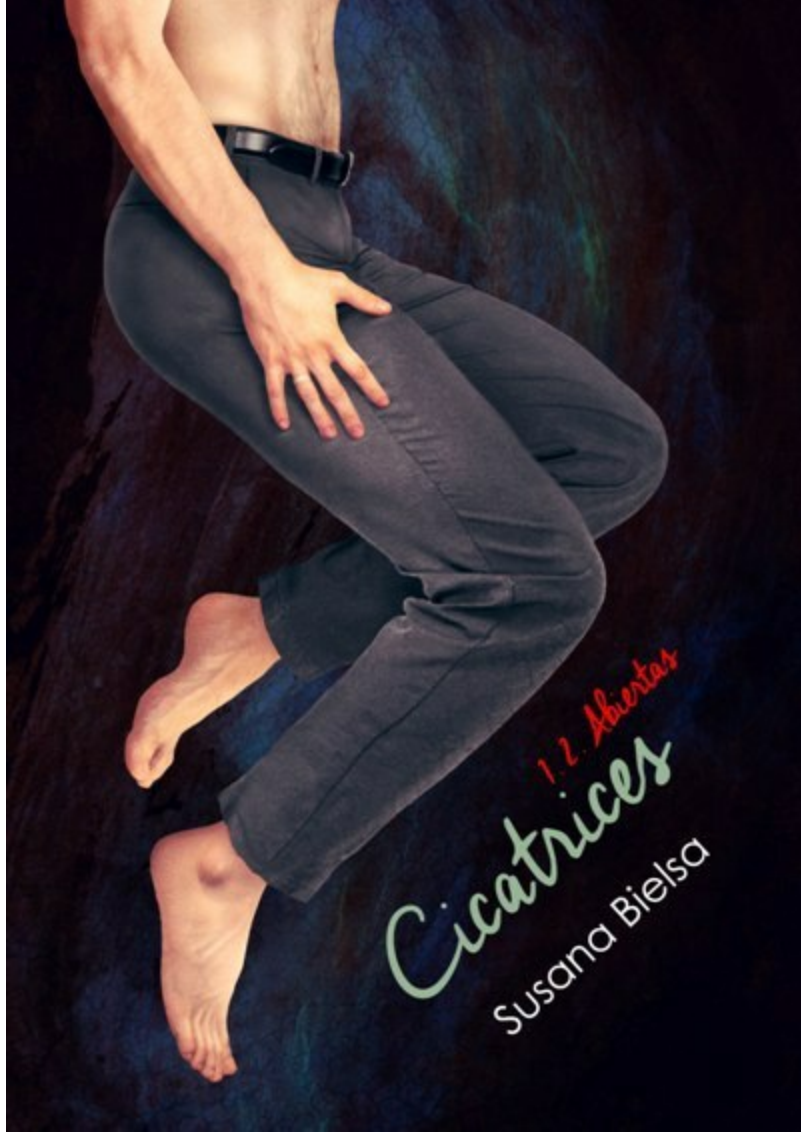




1. 2. Abiertas

Cicatrices

Susana Bielsa



Cicatrices 1.2: Abiertas es un *spin-off* de *Cicatrices I. Baila conmigo* donde la autora te cuenta las vivencias y sentimientos de Matt desde septiembre a enero. Te recomendamos no leerlo si antes no has leído la primera parte.

© Cicatrices 1.2: Abiertas

© Susana Bielsa

Autora representada por MJ Romero agencia literaria

© Portada: Carolina Bensler

Corrección: Sergio R. Alarte (kharmedia.es)

Maquetación y diseño: Kharmedia (kharmedia.es)

Primera edición: Septiembre 2016

© Kelonia Deseo 2016

Apartado de correos 56.

46133 - Meliana (Valencia)

kelonia.editorial@gmail.com

www.kelonia-editorial.com

ISBN: 978-84-946097-2-5

1.2. Abiertas
Cicatrices

Susana Bielsa

Lo que te haga feliz.

Lo que quieras.

Eres jodidamente especial.

Ojalá yo fuera especial.

Pero soy repulsivo,

soy un bicho raro.

¿Qué demonios hago aquí?

No pertenezco a este lugar.

No pertenezco a este lugar.

“Creep” – Radiohead

Prólogo



6 de junio del 2012

—¿Cuándo me vas a pedir que venga a vivir contigo?

Aparto la vista de la televisión y miro a Emily. Está seria.

Lo confieso, me ha pillado fuera de juego. Sé que es una excusa barata, pero están emitiendo imágenes de “El tránsito de Venus”; por lo visto, el planeta ha decidido pasar hoy por delante del sol y parece una peca que adorna un rostro redondo y hermoso. La belleza del momento me ha dejado sin palabras y no sé qué contestar a la mujer que permanece sentada a mi lado.

—¿Perdona?

—Déjalo, ya veo que para ti no es importante.

Cierro los ojos y suspiro. Ya empezamos.

—Emily, cariño, estaba viendo...

—¡He dicho que lo dejes! Ya hablaremos de ello cuando no estés viendo la televisión.

Agarro el mando, cabreado, y apago la puta pantalla.

—Ya no estoy viendo nada. Vamos a ver, ¿qué me decías?

Se cruza de brazos, como si la hubiera ofendido.

—Llevamos casi un año y todavía sigo viniendo a tu casa a escondidas.

Entreabro los labios. Bueno, estamos liados desde hace unos diez meses, pero cuando hablamos de salir más en serio fue hace tres. Aparto ese pensamiento y me centro en algo que ya hemos discutido.

—Emily... sabes que la prensa no me gusta, y desde que grabé para los americanos no hacen más que perseguirme. Pero eso no significa que no hayamos salido a cenar por ahí, o a pasarlo bien, ¿verdad?

—Yo quiero más.

Intento acariciarle una mejilla, pero me esquivo el gesto, dándome la

espalda. Parece mentira, con la de cremas que sé que se da para aparentar tener menos de sus treinta y dos y, por dentro, sigue siendo una cría. Suspiro, cansado de sus absurdas ralladas. Me levanto, voy hacia mi chaqueta y me saco un cigarro.

Lo voy a necesitar.

—Vamos a ver, ¿qué te molesta exactamente?

—¡No te implicas, Matt!

—¿¡Que no qué!?! —Respiro hondo, enciendo el pitillo y miro a Emily desde el hueco que da a la cocina, apoyado en la pared, decidiendo cómo encarar la situación—. ¿Quieres venir a pasar unos días y ver si estamos bien juntos?

—¿¡Ves!?! ¡A eso me refiero! Das por sentado que existe la posibilidad de que no estemos bien.

Me dan ganas de darme de cabezazos contra la pared.

—Emily...

—¿Podrías dejar de tratarme como a una estúpida?

Endurezco el gesto.

—Deja de imaginar cosas y cuéntame qué quieres exactamente. Ya te he preguntado si querías quedarte, ¿qué más quieres? ¿Me pongo de rodillas?

—No, lo único que quiero es que no lo digas como si me fueras a echar a los dos días.

—Emily, de verdad, yo no lo he dicho en ese sentido, pero tienes que tener en cuenta que estar un rato con una persona no significa que, a la hora de convivir, todo vaya de maravilla. Créeme, lo sé.

—¿¡Podrías dejar de meter a tu ex en todas nuestras conversaciones!?

Emily se pone de pie, se lleva una mano a sus casi inexistentes caderas y la otra a la cabeza. Se le empañan los ojos de repente y me da un vuelco el corazón. Apago el cigarrillo en el cenicero y la abrazo.

—Perdóname, no pretendía... Yo solo...

—No lo pretendes, pero lo haces.

—Lo siento...

Nos quedamos en silencio hasta que, por fin, cede y me devuelve el abrazo. Me da por suspirar; esbozo un amago de sonrisa que, en vez de alegrarme, duele.

—Tengo muchas ideas, ¿sabes?

—¿Ideas?

—Sí, tonto, ideas. Para empezar, hacer una pequeña obra en el baño

principal. ¿Crees que podríamos poner un *jacuzzi*?

Parpadeo. ¿*Jacuzzi*?

—La verdad es que yo no...

—¡Y también podríamos hacer un pequeño gimnasio en casa!

Me echo a reír; me está tomando el pelo, vuelve a ser la Emily que me presentaron Jonathan y Emma y que me hacía sentir cierto número de mariposas en el estómago (mariposas que, tengo que admitir, se multiplicaron la primera vez que terminamos en la cama). Quiero seguir con la broma y con el buen rollo, así que le beso el pelo y la achucho un poco más.

—A ver, ¿dónde pondrías ese gimnasio?

—En cualquiera de las dos habitaciones que tienes libres.

Me mira con atención y una sonrisa sincera, esperando mi aprobación, y me doy cuenta de la trampa en la que me he metido. No va de coña.

—Emily, esas dos habitaciones no están libres, son para mis hijos.

Se desprende de mi abrazo con un mal gesto y vuelve a darme la espalda.

—Tus hijos, ¡tus hijos! ¡¡Tus hijos ni siquiera han venido a visitarte!! Están perfectamente con su madre, y tú tienes la oportunidad de empezar una nueva vida. ¡Incluso de tener otros!

Un escalofrío me recorre toda la espalda. ¿Está loca o qué?

—No vuelvas a decir algo así jamás.

Se gira, observándome con expresión furibunda.

—¡¡Pero si es verdad!! Tú eres el único que no quieres verlo.

—Emily, ya basta. No estoy discutiendo contigo, estoy intentando hablar, y no haces más qu...

—¡Encima tendré la culpa yo! —me corta—. Muy bien, ¡lo estás arreglando, Matt!

La saliva que trago me sabe a hiel. Once años soportando a una histérica y cuando por fin me decido a empezar algo, ¡me topo con otra! ¿Cómo te lo montas, Jensen? Cierro los ojos y tomo una decisión que, aunque me duele, sé que es la correcta.

—¿Sabes qué? Vete a casa.

—¿Me estás echando?

Se acerca a mí, pero me aparto de ella. No quiero verla. No quiero que vuelva más a mi casa. A la casa que comparto con mis hijos, aunque no hayan podido venir por culpa de Grethe.

—Sí. Fuera de aquí.

Un hielo me atraviesa la garganta y se desplaza hacia mi pecho. El frío

que se me instala en el corazón duele, pero no tanto como el portazo que da Emily al salir del piso. Mierda. Mierda. ¡¡Mierda!! Me dejo caer contra la pared que separa el salón de la cocina comedor, mirando al infinito.

Se ha terminado. Basta de intentar relaciones con mujeres que se parecen a Grethe. Nunca me gustó ella ni por dentro ni por fuera, ¿por qué ahora la busco en cada mirada? ¿Por qué no puedo dejar de ser un gilipollas?

Bien, de acuerdo, me siento solo, terriblemente solo. Estoy aquí, en un exilio frustrante en el que invierto doce horas al día en el estudio. Llego a casa y está tan vacía, tan oscura, tan fría. Sin vida.

Sin mis pequeños Hugo y Till, con los que jugaría al fútbol en el parque que hay cerca del piso... dejándome ganar, por supuesto. Hasta he fichado la zona en la que pondría nuestras chaquetas para delimitar la portería.

También tengo que pasar sin el gran sol de mi vida, mi pequeña Pauline, que no sé de dónde ha sacado la voz que tiene, pero que cada vez que me canta por teléfono me hace llorar. Sin ellos, sin mi hermana, sin mi madre, la casa se me cae encima.

Venga, Jensen, reponte. Eres un machote, no es cuestión de hundirse otra vez. Me levanto del suelo, cojo otro cigarro y voy hasta el teléfono. Busco a Luca en la agenda y marco su número.

—*Luca al aparato.*

—Soy yo.

—*¡Señor Jensen! ¿Pasa algo?*

Me llevo la mano a la frente.

—*¿Ya no te acuerdas del trato que tenemos?*

La oigo reír al otro lado de la línea.

—*En el trabajo, de usted; el resto del día, de tú; al terminar el turno de los viernes, una cerveza antes de volver a casa. ¡Vale! ¿Qué quieres, pesado? ¿Emily no puede quedar?*

Hago una mueca y me dejo caer en el sofá.

—Acabamos de romper.

—*¡Mierda! ¡Lo siento! ¿Quieres que vaya? Yo llevo las birras.*

—*¿Ese matarratas japonés al que llamas cerveza? No, pelirroja, si vienes será para beber de las mías.*

Sin verla sé que se está tocando el pelo. Lo lleva largo; hasta ahora, decolorado en rubio, pero hace un par de días decidió hacer una locura rosa chicle que le queda fenomenal.

—En una hora estoy allí.



—Esa está muy buena, ¿eh?

Le pego un buen trago a mi Schwarzbier.

—No está mal.

—Voy a creer que hablas desde el rencor y el despecho, Matt. O eso o tienes un gusto pésimo.

Nos echamos a reír, brindando con los botellines.

—Qué le voy a hacer, me chiflan las morenas. Las rubias me han dado demasiados problemas.

—La rubia que más problemas te va a dar todavía es muy joven, jefe.

—Vete a la mierda.

—Tengo razón y lo sabes.

Volvemos a carcajearnos, tumbados en una cama que ya no parece tan grande. Luca está enseñándome fotos de las mujeres con las que comparte sexo, diferenciando quiénes están dispuestas a participar en nuestro pequeño jueguito y con cuáles simplemente pasa muy buenos ratos.

Desde que conocí a Emily no he tenido otro trío con Luca, pero me parece buena idea retomar el hábito: una mujer, una desconocida para mí, recibiendo con gusto el placer que Luca y yo le damos. En la práctica es como si dos hombres se follaran a una fémina que permanece con los ojos vendados, aumentando el morbo de la situación y preservando mi anonimato sexual. Dos hombres besando, chupando, lamiendo y penetrando un cuerpo, pero que ni siquiera intercambian un roce, un beso o un jadeo.

—Si algún día quieres perder la virginidad... dímelo, Luca. Al menos sabré que te han tratado lo mejor posible.

—Pero, ¿de qué siglo te has escapado? La virginidad es un estado mental, ¡yo me he tirado a más tías que tú! Además, los hombres no me atraéis lo más mínimo. —Se acerca al lóbulo de mi oreja y me pega un mordisco que no me pone, solo me hace reír—. Prefiero meterla con el arnés, sentir cómo una mujer se corre estando yo entre sus piernas. Esa imagen es la única que me pone cachonda.

—Ya somos dos.

Volvemos a brindar y Luca pasa a la siguiente foto. El corazón me da un vuelco: es una muchacha sonriente, llena de pecas, con el pelo castaño y lleno de bucles. Parece pequeña, pero no frágil; eso me encanta.

—¿Se uniría a nosotros el próximo fin de semana?

—Tendré que llamarla para preguntárselo, pero yo creo que sí. — Intercambiamos una mirada de morbo contenido, aunque al final suspiro y vuelvo a beber—. Eh, podemos hablar de ello. No sé, decir un par de veces que era un poco perra o algo así.

Niego con la cabeza y le doy un empujón de colegueo.

—Estoy frustrado, pero no quiero pagarlo con ella. —No puedo evitar inspirar hondo y rascar la etiqueta de la cerveza que tengo a medio beber—. Sé que no dentro de mucho me aburriré acostarme con desconocidas, pero no tengo ganas de empezar una relación. No hasta pasar página de verdad. —Termino de separar la etiqueta; se me está nublando la vista, y no precisamente por el alcohol—. Pondré sobre la mesa todo lo que soy y todo lo que tengo por ella, cuando llegue.

—Me encanta tu vena melodramática de culebrón colombiano, jefe. —Volvemos a reír, aunque las facciones de Luca terminan por tornarse serias; fue una de las primeras en darse cuenta de la depresión que arrastraba por Grethe. De repente la tengo subida a las rodillas, cogiéndome por la mandíbula—. Llegaré, Matt. Te lo prometo. ¡La buscaré yo! —Me echo a reír y me apoyo en la pared—. ¡¡Seré yo quien os abra la puerta de vuestro nidito de amor!! Imagínate la estampa: tú con ella en brazos, todo idílico, pajaritos cantando, yo con aire solemne agarrada a un pibonazo... no sé, piénsalo.

La carcajada resuena por todo el piso.

—Luca, ¿te quedas a cenar?

—¿¡Fiesta de pijamas!?! Señor Jensen, que sepa que suelo dormir en bolas, ¡a ver si se va a enamorar de mí!

Al final me da un abrazo, un contacto que necesitaba pero que no me atrevía a pedir.

—Gracias por venir, tía buena.

—Mira, Matt, si no hubiera sido por ti yo no tendría curro, tendría que haber vuelto a Japón y haberme casado con algún tío. Sabes que te debo la vida, literalmente, porque estoy segura de que me hubiera cortado las venas antes de dos años.

Me separo de ella y pego mi frente a la suya.

—No me debes una mierda, Luca. Y ahora, ¡bebamos! ¡Por nosotros!

Luca sonrío y choca de nuevo su botellín.

Septiembre



—¿Quiere que contrate a alguien para limpiar todo este desastre?

—Todavía quedan diez minutos para que empecemos a currar, Luca.

—De verdad, Matt, esto está hecho un asco.

Me encojo de hombros y sigo con el *script*.

El día de hoy promete: la primera escena, un descuartizamiento de uno de los hombres de Petran, el hijo de puta que mató a la madre de Connor Hubard, mi personaje. Resulta que “soy” el hijo de un contrario al régimen de Nicolae Ceaușescu, un hombre que fue asesinado por sus ideas políticas; después del crimen, la madre de Connor consiguió escapar del país gracias a un pasaporte falso, que se convirtió en una trampa: la persona que supuestamente iba a acogerles, Petran, valoró sus posibilidades a la llegada y, al verla de mediana edad e inservible para la trata de blancas, le descerrajó un tiro delante de su hijo, al que adiestró para que fuera uno de sus sicarios. Sin embargo, Connor (cuyo nombre real es Stelian) se rebeló en cuanto tuvo la ocasión, y decidió hacer limpieza de manera anónima de todo lo que oliera a Petran: sus hombres, sus correos, sus informantes, sus amantes. Falsificadores, familia más o menos directa, las personas que le cortaban la droga, las que regían los burdeles clandestinos. Todos, inocentes o culpables, caerían en la vendetta personal de Stelian. La historia, que sigue siendo secreta salvo para el guionista, para mí y para Luca, me ha ayudado a darle fuerza al personaje sabiendo que tiene una motivación, que no mata por deporte... bueno, quizás un poco sí.

Céntrate, Jensen.

La segunda escena a grabar es un encuentro con el personaje de Adriana. Hago de lado el pensamiento.

La tercera, un apuñalamiento doble. Esa la voy a disfrutar muchísimo.

La cuarta, una charla por teléfono; mucho guión, poca acción.

La quinta, grabar en *off* unas voces que utilizarán para la sexta y última escena, una mirada perdida al falso techo de mi supuesta guarida.

La única a la que le tengo miedo es a la que tengo que grabar con Ann Tally. Desde que Adriana se coló en la *roulotte* a la hora de comer vestida con un picardías y una gabardina, cierro con pestillo cuando estoy dentro. Madre mía, escondiéndome como una nenaza de una mujer que quiere sexo, quién te ha visto y quién te ve, ¿eh, Jensen? Hace cinco meses que me mato a pajas día sí, día también, pero lo prefiero a seguir acostándome solo por placer.

Concéntrate. *Script*. Connor Hubard. Matar gente.

Me sonrío. La escena del descuartizamiento me parece graciosa hasta el punto de haber llorado de la risa con Luca la primera vez que la leímos, intentando recrearla: ella me pedía clemencia con un pañuelo de cuadros atado a la frente, simulando una gran melena; yo la torturaba con su boli de plumas, exigiéndole información. Espero poder controlar la risotada que me reverbera entre las cuerdas vocales cada vez que lo recuerdo, aunque no es mala idea que la gente perciba cierto placer en mi rostro: a Connor también le encanta su trabajo.

Comienza a sonar música en la *roulotte*. Luca ha puesto un disco recopilatorio de lo que ella llama “temazos” y menea las caderas al ritmo de la música, mientras recoge.

—Luca, eres mi ayudante, no mi sirvienta. Ya limpiaré yo al final del día.

—Te conozco y no lo harás; al final del día te quedarás estudiando las escenas de mañana, o repasando mentalmente los fallos que Adriana te haga cometer hoy hasta que empieces a dormirte. Entonces, volverás a tu casa, echarás una meada, te darás una ducha calentorra, cenarás cualquier cosa y te irás a dormir.

Sonrío y la miro.

—Me conoces demasiado bien.

“Tainted Love” de Soft Cell sigue sonando. Me levanto, me estiro un poco y comienzo a moverme. Me siento genial cuando bailo: me libero, me olvido de todos, vuelvo a ser yo. Que le den a Connor hasta que sea la hora de grabar, ahora solo soy Matt.

A cada golpe de música, Luca y yo juntamos el culo y nos reímos. Madre mía, espero que no nos esté grabando nadie. A veces, cuando me aburro antes de poder dormir, cotilleo en un foro de fans que se hacen llamar “Jensen’s family”. En según qué momentos me dan rabia los comentarios, pero cada vez que leo que les encantan mis personajes o que hay mujeres deseosas de meterse en mi cama... Termina la canción y miro el reloj: ya es hora de ir a

trabajar. Me pongo la máscara de capullo, dedico a Luca una mirada de desprecio que le hace guiñar un ojo con aprobación, y salgo de la *roulotte* sin mirar atrás.



Lo sabía, es que lo sabía.

Rumio entre dientes una maldición en alemán, solo para mí. Antes de salir del decorado miro la claqueta que han utilizado para la escena: hemos repetido la toma veintiséis veces. ¡VEINTISÉIS! Veinticinco roces descarados, veinticinco caídas de pestañas, veinticinco veces escuchando palabras subidas de tono que no aparecían en el guión y que han hecho que el director cortara la grabación. Menos mal que no me la he tirado... ¿o ha sido peor? Igual si lo hago, si se sale con la suya, me deja en paz. Aparto el pensamiento al instante: el calentón que llevo me hace pensar gilipolleces.

Llego a la *roulotte*, miro el esquema de las escenas y el reloj: hoy vamos con un retraso de cojones. Tengo que ir a la sección trece a asesinar a un par de extras con las que ni siquiera he tenido prueba de compatibilidad, ni ensayos. La madre que parió a los de *casting*... Esto va a ser un desastre, toda una mañana perdida entre repeticiones.

Me desnudo para poder vestirme con la ropa que me han dejado, guardándome en un bolsillo del pantalón los guantes de cuero y, en el otro, el falso cuchillo; este es nuevo, no estoy acostumbrado a él, pero si funciona tan bien como los que he tenido hasta ahora... Voy hasta la parte de la cocina de la caravana-camerino para coger un botellín de agua y salgo pitando de aquí, en dirección al estudio.

Conforme ando dejo el cabreo al fondo de mi ser, tirando de la frialdad propia de mi personaje. Voy directamente hacia la zona de peluquería y maquillaje, chocándome de improviso con una chica alta y de color recién peinada.

—Disculpa, encanto, voy pensando en mis cosas y no te había visto.

—¡Pues no sé si te voy a perdonar, *encanto*, porque estoy un poco histérica!

Lo dice con una mueca de nerviosismo que me encanta. Le tiendo la mano sin dudarle.

—¿Primer día?

—¿Tanto se nota?

Sonrío todavía con más amplitud por su respuesta y por la firmeza de sus dedos al estrecharme la mano.

—¿Una escena difícil?

Frunce el ceño, dudando, y a mí se me enciende la bombilla. La veo de uniforme, arreglada, novata y nerviosa, y creo saber quién es, pero prefiero que sea ella la que se explique, que se explaye para liberarse de los nervios que la corroen.

—Todavía no lo sé. No hemos podido ensayar ni nada, solo sé que voy a morir.

—Entonces encantado de conocerte. Me llamo Matt Jensen y voy a matarte.

Pone cara de susto antes de lanzar un grito y comenzar a aplaudir.

—¡Yo me llamo Tamy!

Hablamos un par de minutos en los que sus hombros comienzan a relajarse; me da pie a pensar que, si le sale bien tirarse y quedarse quieta, con un poco más de conversación la escena saldrá con un par de repeticiones como mucho.

Cuando le voy a preguntar cómo narices ha entrado a trabajar en la serie, siendo que no tiene ni estudios de interpretación ni experiencia, Roger, el hombre mitad humano mitad estrés, aparece y reclama su presencia cerca del set donde vamos a grabar, metiéndome prisa a mí para que entre en peluquería y maquillaje. Saludo a todos los presentes con un gesto de manos y me siento en la segunda butaca a mi derecha.

—Deena, ¿qué vas a hacer conmigo?

—¿Cómo quieres salir, precioso?

Las siete mujeres que componen el equipo de imagen se ríen, observándome gracias al espejo lleno de bombillas que tengo delante. Deena me pone una especie de capa y me observa, esperando; tiene mis años, lleva anillo de casada y es la única que no me ha tirado los tejos todavía, por eso siempre acudo a ella.

—Tengo una cita con dos mujeres, así que... lo más guapo posible.

Una nueva carcajada. Deena empieza a trabajar y me relajo, cerrando los ojos y pensando en la escena. Le doy un último repaso, decidiendo dónde pasarme por los huevos el guión. La primera parte de la escena es bastante rápida, así que no tengo mucho margen de maniobra, pero sé que se van a recrear visualmente en la segunda... A veces me da por pensar que dejan momentos en blanco para que improvise, y eso me encanta.

No sé muy bien cómo pasa, pero pierdo la noción del tiempo y del espacio; de repente estoy andando hacia el set, repeinado, maquillado, tarareando por lo bajo “Tainted Love”, deseando grabar.

Vislumbro a mi derecha una especie de habitación y sonrío: supongo que esa es la ventana por la que tengo que entrar.

Veo a Roger metiéndole prisa a la muchacha con la que he hablado («¡Mierda! ¿Lanie? ¿Mery? Uff, soy lo puto peor con los nombres») para que vaya a la habitación, y entiendo que es ella la primera en morir. Llego a ver una sombra rosa cruzando el set hasta la parte oculta por la habitación y frunzo el ceño; si no fuera porque le he visto las curvas de las tetas y el culo habría jurado que tenía que matar a un niño. Experimento un escalofrío; Connor no ha matado (todavía) a ningún menor, ni falta que hace.

Voy hasta la extra y sonrío por la expresión de nervios e ilusión que emana. Es vital (de hecho, no para quieta), y eso me hace gracia.

—Me va a dar algo...

Me río por lo bajo, negando con la cabeza. Soy consciente de las miraditas que Roger nos dirige, así que supongo que es momento de permanecer en silencio. Me acerco a ella, me llevo un dedo a los labios y repaso los movimientos de la escena. La primera vez que ensayamos su muerte se pierde unas cuantas veces, pero a la tercera le sale genial. Me planteo la posibilidad de que le guste bailar y, por ello, haya aprendido tan bien una coreografía en poco tiempo.

Stephan entra con la medida de las alturas, señalándonos dónde debemos permanecer para seguir en ángulo y que salgamos bien en pantalla; cuando se marcha llega a mí el olor que desprende la receta de la cocina y se me abre un agujero negro en el estómago. Olfateo un poco más, consiguiendo sin esperarlo que mi aprendiz me imite, aunque termina por arrugar la nariz.

—Todavía no huele como debería...

—¿Perdona?

—La chica que va a grabar la segunda parte de la escena es mi pequeña refugiada; vivimos juntas desde hace casi un mes... ¡¡y mi vida ha mejorado!! Bueno, mi vida y mis papilas gustativas. Hace cada plato...

Se relame mirando al techo y me da por sonreír.

Escuchamos una orden de grabar al otro lado de la pared; por no hacer ruido, en vez de traspasar la puerta doy un rodeo con la todavía no-muerta detrás de mí, hasta estar a unos metros de su compañera de piso.

Trago saliva. Quizás debería hacer que analizaran mi gran problema con

las mujeres pequeñas, porque veo una y me enciendo. ¿Será porque pasé años bailando codo con codo con decenas de ellas? No lo sé, pero me ponen.

Respira hondo, Jensen, sé profesional... No, eso es peor, porque intentando controlar mis impulsos, mi nariz colapsa por la carne con tomate. Bueno, si no sabes cómo controlarle, al menos mírala con objetividad, eliminando ese deje de deseo. Es una compañera de trabajo, al fin y al cabo. Sí, eso funciona.

No sé si se da cuenta, pero cada vez que corta lo que le han traído los del estudio, mueve el culo un poco. Rítmicamente. Hipnóticamente. ¡No, mierda, otra vez no! ¿Qué hago? ¿Me sigo recreando en su cuerpo o le presto atención a la chica de color? Abro la botella que arrastro desde la *roulotte* y le pego un trago, que cesa cuando dejan de grabar. Mi acompañante se gira un tanto y me sonrío.

—¿Qué? ¿Se ve nerviosa?

—No, la verdad es que no... o por lo menos no tanto como tú. Relájate, te va a salir bien.

Intenta descargar su energía moviendo las manos. En otra circunstancia me habría hecho reír, pero no, ahora mismo soy incapaz; estoy demasiado ocupado odiándome a mí mismo. ¿Para esto tantos años de evolución masculina emocional? Veo un culo perfecto dentro de un cuerpo que me atrae y pierdo la cabeza. Me doy hasta cierto asco porque la deseo y quiero que ella me desee, aquí y ahora.

—¿Llevas muchas horas grabando?

La pregunta de la muchacha que permanece a mi lado me sorprende a medias; normalmente suelo hacerlas yo, pero estaba demasiado concentrado en las curvas de su compañera de piso. Me giro hacia ella justo en el momento en el que la chica de la cocina se vuelve hacia nosotros.

Mierda.

—Sí, desde las ocho y media de la mañana. Hacemos pausa para comer a eso de la una y continuamos hasta la noche. —Me doy cuenta de que está frunciendo un poquito el ceño y que su energía decae. Me siento un miserable porque sé que he contestado a malas, sin ganas, con resentimiento. Alivio el gesto—. Perdona, estaba pensando en la escena, en que tengo que ser un capullo, y me he contagiado.

Vuelve a sonreír.

—¡Lo entiendo!

—¡Joder!

Nos volvemos hacia la cocina. La mujer vestida de rosa, recreación de todos mis anhelos físicos, aparta la sartén y mira en todas direcciones. Bajo la vista en dirección a la botella y no lo dudo: voy hacia ella y se la entrego. Con una rapidez casi admirable, me mira de soslayo, la agarra y aparta la vista.

—Gracias...

Se hace con una bayeta, la moja y limpia la vitro con precisión milimétrica... demasiado milimétrica, casi compulsiva. Termina en pocos segundos, se pasa la mano por la frente y me devuelve la botella sin mirarme.

¿Fan asustada? He coincidido con varias así: te admiran, pero te huyen. De acuerdo, paciencia y amabilidad.

—Quédatela. Sudando así te vas a deshidratar y yo puedo conseguir otra fácilmente.

Me río para darle pie a que ella lo haga y normalizar la situación, pero en vez de eso frunce el ceño, modificando así el gesto de seriedad que no había llegado a perder a pesar de estar alterada por su incidente entre fogones.

—Realmente tendría que perder más de dos litros de agua para deshidratarme.

De acuerdo, esa respuesta era la única que no me esperaba. Me mira, me observa, me analiza... y me doy cuenta de que no tiene ni idea de quién soy. Alzo la ceja derecha sin saber qué responderle, y aún menos cuando, sin previo aviso, hace una mueca de dolor, traga saliva y se gira hacia la cocina.

Igual se ha fijado en la cicatriz de la nariz... Contengo el recuerdo para no imitar su expresión de sufrimiento y me centro en su aspecto. ¿Qué pensaba, que era la única que podía mirar? Me he quedado con todos sus rasgos, pero todavía no he decidido cuál me gusta más. Dejo la decisión para luego, reteniendo en mi mente sus gigantescos ojazos oscuros y su nariz respingona. Tiene los labios carnosos, deseables, y estos enmarcan una boca pequeña. El pelo, corto y negro, define un rostro redondeado y simétrico. Me recuerda a Winona Ryder en *Alien Resurrection*.

Y esa peca... justo en el pómulo izquierdo...

—No se lo tome a mal, señor Jensen, mi amiga es... especial. Demasiado literal, me temo.

Su compañera de piso se acerca, le da en el hombro y le arranca una queja. Cariño, ¿temes? ¡Una mujer literal es un milagro, una *rara avis*, una especie en peligro de extinción!

—¡Que los actores se vayan preparando!

Me chupo el labio. Literal. Si me dejaras, yo sí que sería literal contigo; aquí, en mi casa, contra la pared, sobre la cama, encima de la mesa... La muchacha de color sale pitando hacia la falsa habitación, pero yo ignoro a Roger sistemáticamente. Quiero hablar con ella.

—¿Es tu primera vez?

—¿Quemando la salsa? No.

«No te rías, no te rías. Si te rías, te odiaré».

—Demasiado literal... de acuerdo. —Me muerdo el labio. Si duele un poquito, me centraré—. ¿Es la primera vez que actúas?

—¿Cuentan las obras del colegio?

No lo puedo evitar, me carcajeo, y mi pecho se hincha de orgullo cuando ella también lo hace, aliviando el gesto de seriedad que, hasta ahora, tenía.

—A nivel profesional. —Asiente. Silencio. Silencio. Silencio—. ¿Qué hace una mujer tan literal trabajando en algo donde nada es lo que parece?

Saco el falso cuchillo y da un paso atrás. Mierda, ¡no pretendía asustarla! Acciono el mecanismo contra mi mano para que lo vea... y se me cae la baba. El gesto le cambia por completo a una mueca ilusionada, inocente y sorprendida. Hasta cierto punto alegre. Suelta una palabra que no entiendo y la miro fijamente.

—Perdón, es una expresión. ¿Que qué hago aquí? Pues ahora mismo sentirme engañada; cuando me dijeron que pagaría parte del alquiler como extra, pensaba que iba a salir paseando detrás de alguien, no que iban a acuchillarme.

Reímos. ¡Bien, vamos progresando!

—Espero que disfrutes de la experiencia. —Me apoyo en la encimera, observándola—. A pesar del ambiente de estrés que hay a veces, la gente aquí es agradable. —Soy agradable, no me tengas miedo, puedes hablar conmigo. A pesar de mi plegaria interna, no lo hace. ¿Le pasa algo? La verdad es que estoy preocupado, espero que no se desmaye en mitad de la escena; no sé si la palidez de su piel es normal o es que se encuentra mal. Tengo que distraerla. Me fijo en la sartén y disfruto con su olor—. Me alegra que hoy utilicen comida de verdad.

—¿Comida de verdad?

Su voz se impregna de la inocencia que sus rasgos me mostraban hace segundos.

—Normalmente lo que se ve en televisión no es comida de verdad, aunque lo parezca. ¿No has oído hablar nunca del puré de patata con

colorante para simular helados? —Niega. Vuelve a ella la expresión que me ha dejado medio tonto antes: curiosidad innata—. La comida que aparece por televisión suele ser réplicas de goma. La verdad es que se agradece trabajar en una serie donde el guionista y la productora exigen que todo sea lo más real posible.

Los de iluminación hacen su trabajo y me separo de la cocina. Ella me mira y algo en mi interior se rebela: es como si me estuviera pidiendo perdón. Preciosa, yo no quiero que te disculpes si no quieres o no puedes hablar conmigo, yo solo quiero que estés cómoda... y conseguir saber si merece la pena que te invite a comer, como llevo deseando hacer desde que te vi de espaldas.

Me despido de ella con un gesto y vuelvo a la zona de la habitación. Me impulso un par de veces por la ventana para que el gesto me salga fluido; voy a tener que volver al gimnasio, está visto que hacer ejercicio en casa no es suficiente.

Oigo su voz, me persigue, consigue que me quede en medio del set de rodaje mirando al infinito, escuchándola. No está diciendo nada interesante, solo son las líneas que ha tenido que aprenderse, pero es... extraño. A pesar de su altura, su voz es dulce y grave, ¡yo me la esperaba mucho más aguda!

Su compañera se acerca a mí y no puedo evitar preguntarle.

—¿Le pasa algo a tu amiga o solo son nervios?

Ella suspira, crea una mueca a medio camino entre la tristeza y el cariño y se encoge de hombros.

—No lo sé exactamente, pero así es ella. Todo el tiempo.

—Vaya...

Permanecemos en silencio; supongo que ambos pensamos en la muchacha que actúa al otro lado de la pared. Repasamos la escena un par de veces. Me asombra lo bien que se ha adaptado a la situación y consigo que se ría por lo bajo cuando, con un gesto de manos, escenifico cómo va a abrirse la vía de la sangre que le han puesto. Seguramente nos vamos a poner perdidos. Al otro lado también se oyen pequeños trazos de conversación, pero son fútiles, apenas dos o tres palabras entrelazadas. Cinco minutos después, el aire a mi alrededor se llena de matices y el agujero que tenía en las entrañas se acentúa.

—¡Y así, Matt Jensen, es como huele mi casa desde que ella vive conmigo!

Cierro los ojos e inspiro hondo. Me suenan las tripas y la muchacha a mi

lado se carcajea. Ojalá mi piso oliera así...

Busco a Roger con la mirada, le hago un gesto y se acerca.

—Antes de que tiréis esa salsa... guardadla en un cuenco y que alguien la lleve a mi *roulotte*; Luca y yo comeremos hoy pasta.

Me sonrío antes de asentir e irse. Por dentro celebro mi victoria salivando. Cuando consigo centrarme me coloco en mi posición y se hace el silencio en el estudio. Me libero de todo lo que soy, de todo lo que tengo, de mis hijos, de mis sueños. Me lo han quitado todo y solo siento rabia, dolor. Quiero vengarme, y he visto que la chica de la cafetería tonteaba con uno de los compinches de Petran antes de pasarle algo. ¿Un soborno? ¿Un correo de droga? No lo sé, pero me la voy a cargar. Mataré a todo aquel que tenga que ver con ese malnacido... aunque eso el público todavía no lo sabe.

Con una mueca de rabia me aúpo por la ventana; por suerte, la hoja de madera está lo suficientemente entreabierta como para meterme en el cuarto. La muchacha no llega a saber quién la ha atacado. Cae al suelo con el cuello seccionado y dudo. Una voz habla desde el otro lado del piso.

¿La dejo vivir o no?

Endurezco la mirada. Sin piedad, sin testigos.

Abro la puerta del dormitorio y, aunque la belleza de la criatura que cocina delante de mí me bloquea en un primer momento, consigo avanzar y abalanzarme sobre ella, tapándole la boca para que ningún vecino se alarme. Se revuelve entre mis brazos, así que imprimo un poco más de fuerza. No ceja en su empeño de liberarse, intuyendo quizás lo que le espera. Me da un codazo y me doblo cerrando los ojos, pero sigo sin soltarla. Algo me está descentrando; mi objetivo es matarla con el mismo cuchillo que he utilizado contra su compañera de piso, pero ahora...

... ahora mismo lo único que quiero es probar la puta salsa y saber qué lleva.

Agarro el antebrazo que sostiene la cuchara. Mi víctima sigue resistiéndose, así que la bloqueo, consiguiendo un sollozo por su parte.

—Quieta.

Después de un par de segundos de silencio la oigo gemir y casi me da pena.

Casi.

Sigo mi plan y pruebo, por fin, la carne con tomate. ¡La madre que me parió! ¡¡Esto está genial!! Suelto un poco a la muchacha, indeciso. ¿Y si paro la escena y le pregunto qué le ha echado? No, mejor que no, perdería el gran

ambiente que hemos creado.

—¿Qué quieres de mí?

Recupero el hilo del guión: ponía que tenía que estar vuelta hacia mí, ¡por algo será! Dejo la cuchara en la sartén y le doy la vuelta sin cuidado ninguno, contagiándome de Connor. La observo con frialdad, impidiendo que aparte la vista al agarrarle el mentón. ¿Que qué quiero de ti? Yo que sé; quiero invitarte a comer, quiero hundirme en tu cuerpo una y otra vez, correrme entre tus piernas cuando escuche un grito que intente ser mi nombre, hablar contigo, disfrutar de tu compañía... lo quiero todo. Me acerco todavía más a ella y agarro con fuerza el cuchillo de plástico.

—Tu vida.

Me estoy sintiendo un miserable: no sé hasta qué punto está actuando, pero sus lágrimas me están tocando la fibra sensible. Tengo que hacer algo para no ser tan humano. Matarla me parece una opción fantástica.

En el segundo en el que la apuñalo tengo la certeza de que la he jodido. ¿Qué ha pasado? Ni idea, pero el dolor que le cruza el rostro es real. Se agarra a mi cuello antes de empezar a caer, exhalando un suspiro que huele increíblemente bien; lo único que puedo hacer sin echar a perder la toma es ayudarla a caer al suelo despacio, como si estuviera disfrutando de cómo su vida se escapa. Una vez recostada su mano roza mi deportiva y la aparto, esperando que algún día sepa perdonar lo que acabo de hacerle.

—¡Corten! ¡Ha sido buena!

Carlee, Joel y uno de los técnicos de sonido aplauden antes de que pueda dar la voz de alarma.

—¡Llamad al médico del estudio! —Vuelvo corriendo hacia ella; se encoge, llorando, y a mí se me rompe el corazón—. ¡Joder, joder, joder! ¡Lo siento, lo siento de veras! —Me quito los guantes para tocarle el rostro. Antes de poder acariciarla veo que me tiembla la mano. Nuestras miradas se cruzan a través de un velo de lágrimas—. ¿Estás bien?

La del cuello cortado aparece y se coloca de rodillas a su lado. El equipo nos rodea, pero yo solo tengo ojos para ella. Desconecto de Toronto y comienzo a pensar en alemán. Por Dios, ¡menudo desastre! Rodando he sufrido cortes, algún que otro puñetazo, caídas... pero son gajes del oficio. Que una extra se lleve semejante golpe y que, encima, sea por mi culpa, me parece terrible. Miro durante un momento el arma; tiene el filo a medias, encasquillado. Mi inesperada víctima se encoge sobre sí misma todavía más y contengo el aliento.

—¿¡Pero qué diablos ha pasado!?

—¡Ha sido por el jodido cuchillo! —Venga, a tomar por culo el acento—. ¡El mecanismo del cuchillo ha fallado! El filo, en vez de esconderse del todo, se ha quedado enganchado a mitad y la pobre se ha llevado un buen golpe.

Me deshago del trozo de plástico que me ha llevado a herirla con un mal gesto. Cuando vuelvo a prestarles atención me doy cuenta de que la chica ensangrentada está intentando ver la herida, pero que su compañera de piso no la deja. ¿Qué le pasa? ¿Es por el dolor? Ella coge aire y la mira con gesto decidido pero dulce.

—Escúchame, cielo, necesito saber si es grave, ¿vale? Pero para mirarte debo tocarte un segundo...

¿Debe tocarla? ¿Y qué problema hay con tocarla? La pobre muchacha deja al descubierto la zona y me quedo en blanco. Veo sangre bajo su piel, una franja roja que, vista de lejos, parece una herida abierta por la que se le está escapando la vida. La otra chica, a mi lado, lanza una especie de suspiro exagerado.

—¿No sería mejor llevarla directamente al hospital? —Experimento terror. Yo no tengo nada que ver con Connor, ¡Dios me libre! Yo no quería hacerle daño. Solloza, se mira, se palpa la zona, vuelve a sollozar. Lo único que me sale hacer es acariciarle la mano. Me aprieta con sus deditos (largos, finos, unidos a una mano pequeña y pálida), intenta levantarse, pero cuando parece que va a conseguirlo vuelve a caer y reanuda su llanto. Una especie de impulso se apodera de mí y miro a su compañera—. Acompañad al médico a mi camerino, voy a llevarla allí para que esté más cómoda.

Solo necesito tres movimientos: sus brazos alrededor de mi cuerpo, sus piernas por mi cintura y un impulso para levantarme con ella. Me la suda todo, me la llevo para protegerla, para que esté tranquila. Se pega a mi cuerpo cuando apenas llevo una docena de pasos, impulso que me anima a ir más rápido esquivando personas. Le daría un beso en la sien, susurrándole palabras tranquilizadoras para que dejara de llorar, pero no se me ocurre nada, estoy como ido. Rompo a sudar justo antes de llegar ante Luca, que está hablando con tres o cuatro compañeras, tomándose un respiro enfrente de la caravana-camerino; en cuanto me ve se queda boquiabierta.

—¿Señor Jensen? ¿¡Pero qué hace!?

—Luca, ahora te lo explico. Abre la puerta de la *roulotte*, por favor.

Luca se vuelve en el acto para hacerme caso. Me agacho para poder pasar sin pegarme con la entrada y el olor que emana del cuerpo de la chica me

golpea, dejándome tonto. Por un segundo me imagino a mí mismo con ella, quizás en un sofá, o en una cama, no estoy seguro; lo que sí podría afirmar es que esbozaría una sonrisa satisfecha al acariciarle la nariz.

Jensen, ¿te has comido un jodido unicornio? ¡La pobre puede estar agonizando y tú pensando en recostarte a su lado y perderte en su aroma para siempre! Debo alejarme de ella antes de volverme loco. La dejo con muchísimo cuidado en el sofá y me aparto, pero ella se agarra a mí con una súplica muda en el rostro. Me arrodillo ante su cuerpo y le pido perdón con la mirada, sin saber muy bien qué hacer. La saliva que me esfuerzo por tragar disuelve la sequedad de mi garganta. Enredo su cortísimo flequillo azabache entre los dedos, disfrutando de su suavidad antes de intentar domarlo hacia su oreja. Luca me pide una explicación que no tarda en llegar, demostrada cuando levanto el pijama rosa de la chica y le enseño a Luca la herida. Ella me mira, asustada, aunque no tanto como lo estoy yo.

—¿Quiere que le traiga algo? Estoy segura de que las chicas tienen analgésicos...

—No, no me des nada. —Me vuelvo hacia ella y su voz entrecortada—. Si tomo algo antes de un chequeo, puede enmascarar algo más grave.

—¿Eres médico o algo así?

Niega con la cabeza una única vez y el gesto me sorprende, no me ha parecido natural, ha sido como... como automático. No sé cuántas veces me he preguntado ya qué le pasa, pero debo sumar una más a la lista.

—Estudio enfermería. —Se tapa la magulladura con los dedos y controla la respiración, acabando con el llanto en cuestión de segundos. Su nivel de contención me parece increíble, y más aún cuando me mira: parece asustada, perdida—. ¿Dónde está Tamy?

¿Dónde he oído yo ese nombre? ¿Tamy? ¡Oh!

—¿La chica que grababa contigo? —Asiente—. Ha debido de ir a por el doctor. Luca, vuelve al estudio y busca a una chica de color alta y manchada de sangre de pies a cabeza. Tráela hasta aquí. Si no la encontraras de vista, pregunta por la Chica 2 de la escena 16.

—Captado. Ahora mismo vuelvo.

Luca le da un mimo antes de marcharse y la adoro por ello. Veo cómo mi inesperada víctima se tapa y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Quieres una manta o algo?

De acuerdo, en parte esperaba que me mirase con cara de mala leche; al fin y al cabo le he dado un golpe, pero en el fondo deseaba no tener que ver el

rechazo en sus grandiosos ojos oscuros. En serio, son tan... enormes. Cálidos. Rodeados por un círculo negro que me hace apreciar decenas de matices, tienen un fondo de tristeza y desconfianza que me bloquea, que no me deja apreciar totalmente su belleza. Hace una pequeña mueca con los labios y suelta:

—No, gracias.

Auch. Lo reconozco, ha dolido, pero mi pequeño corazón atrofiado se resiente todavía más cuando deja de apretarme los dedos. Vuelve a observarme como en el estudio y me siento analizado, pero aguanto estoicamente porque le debo una. Alejo todo pensamiento de mí y digo lo que sé que debo, necesito, decir.

—Lo siento.

—No ha sido culpa tuya.

Es extraño, me esperaba dos tonos de respuesta: la rencorosa, la que me dejaría ver que no me perdona (de momento) porque le duele, y la despreocupada, la que intentaría quitarme un peso de encima. Sin embargo, lo ha dicho en tono neutro, como si constatará un hecho.

—Ya lo sé, pero me siento responsable. ¿Hay algo que pueda hacer para compensarlo?

—No. —Parpadeo—. Quiero decir, no es que no haya nada que puedas hacer, es que no hace falta que... me estoy liando yo sola, ¿verdad?

Vale, bien, ahí está el tono de despreocupación que yo anhelaba. Desesperadamente.

—Te he entendido, tranquila. —Me muerdo el labio inferior para poder humedecerlo, observándola—. Ya es mala suerte que algo así le pase a una persona que solo va a grabar una escena.

—La historia de mi vida, ¡probabilidades a mí!

Consigue reír durante un segundo; al instante, una mueca de dolor le cruza el rostro y me asusto de nuevo. Me acerco a ella e intento no respirar su perfume demasiado o haré una locura. Me lo noto, he vuelto a mi adolescencia más sexualmente activa. Me estoy empleando a fondo para aplacar todos los instintos que me dicen que lo intente, que le pida un beso; no robárselo, eso puedo hacerlo, pero yo quiero ganármelo, que de entre sus labios salga algo parecido a un “te anhelo, fóllame viva”. Algo me dice que le atraigo, pero no sé si estoy alucinando o lo veo de verdad.

Se está ruborizando.

De acuerdo, vamos allá. Como después de haberle hecho daño sé que un

movimiento demasiado brusco puede ser una metedura de pata gigantesca, dosifico mis apetencias y alzo mi mano libre hasta acariciarle el rostro: sus mejillas plenas, con tacto de melocotón, humedecidas por las lágrimas.

Por Dios, esa peca me está volviendo loco...

Parpadeo para poder dejar de prestarle atención y pasar a la frente, firme y suave. Aparto dos mechones descarados y me fijo en sus ojos. Trazo un plan: acercarme a ella, darle un beso en la comisura de sus carnosos y apetecibles labios y, después, deslizarme hasta el centro de su boca. Simple, romántico y cien por cien efectivo.

Se está acercando, entrecerrando los ojos.

En el instante exacto en el que la puerta se abre me maldigo dos veces: la primera, por odiar a los que nos han interrumpido; la segunda, por saber que entre ellos está el médico que ella necesita porque está herida. Soy un miserable aprovechado que intenta ligar como si tuviera dieciocho años.

No quiero mirarles, estoy... frustrado. Ahora que se ha roto la magia del momento no puedo dejar de preguntarme qué coño está pasando. Me llevo las manos a la cabeza. ¿Podrías dejar de pensar en ti y en lo que te apetece hacer por un minuto?

Me levanto y le cedo la silla al médico para que pueda atenderla cómodamente, cruzándome de brazos, ignorando como puedo las miradas que nos dedica Tamy, la amiga de la chica. ¡Pillado, Jensen!

El comportamiento de ella vuelve a sorprenderme: su rostro pasa a ser neutro mientras observa el exterior de la *roulotte* por la ventana. El médico le pregunta un par de cosas; como no las formula con un tono demasiado alarmista, me relajo.

—¿Posible embarazo?

La cuestión me pilla desprevenido y me produce cierto desasosiego, aunque este se atenúa cuando Tamy ahoga una carcajada.

—No.

—Le recomiendo que vaya al hospital a hacerse una ecografía o un escáner para descartar al cien por cien algo grave y que le receten un calmante; aparte del golpe yo aseguraría que no tiene nada. Eso sí, prepárese para tener una moradura unos cuantos días.

Se me cae el alma a los pies mientras ella le da las gracias y el médico nos estrecha la mano a todos. ¡Me siento jodidamente culpable! Intenta levantarse y me ofrezco para ayudarla, pero ni siquiera me mira... y, para mi sorpresa, me duele. Tamy se sienta a su lado, le da sus cosas y amaga una

sonrisa.

—Estás horrible. —Ella la ignora, así que mi primera víctima se gira hacia mí—. Señor Jensen, gracias por su amabilidad.

—Es lo menos que podía hacer.

Nos estrechamos la mano con una sonrisa. A lo que quiero darme cuenta, la muchacha que me está volviendo loco vuelve a doblarse por el dolor y frunzo el ceño, soltando a su compañera de piso dispuesto a... ¿a qué? ¿Acunarla? ¿Llevarla yo mismo al hospital? ¿Besarle la herida y subir hasta su boca... o simplemente seguir bajando?

—¿Puedo pedirle que cuide de ella mientras yo llamo a un taxi?

¿Bromeas? Lo estoy deseando.

—La dejas en buenas manos.

Me siento a su lado, ocupando de nuevo la silla. Inspiro hondo, pensando en qué podría hacer. Me decido a continuar donde lo he dejado, pero antes de poder levantar la mano para acariciarla, clava sus ojos en un punto entre mi barbilla y mi nariz y susurra:

—Podrías... ¿podrías mirar hacia otro lado? Voy a vestirme.

—Claro, faltaría más.

Me giro, satisfecho con estos segundos de reflexión, pero su cuerpo me desconcentra: la ventana refleja cómo, tras una última mirada para asegurarse de que no la estoy espiando, se quita la ropa. Me giro un poco más hacia el cristal, cruzándome de piernas, tapándome los labios con la mano izquierda. La verdad es que estoy sorprendido conmigo mismo, porque en vez de fijarme en sus pechos (son preciosos y rebosan la línea de un sujetador sin mucho encanto) me centro en los tatuajes que el pijama tapaba. La tinta mezclada con la piel nunca me había llamado la atención; la gente los lleva, lo respeto, pero nunca he encontrado uno que me guste especialmente (y eso que los he visto de todos los tamaños y colores). Sin embargo... en ella me parecen bellos. No son algo extra, encajan con su anatomía más allá de lo físico.

Oigo cómo carraspea. Menos mal, me estaba poniendo filosófico.

—No estaba en el guión.

—¿Perdona?

—La escena, no estaba así en el guión. Tenía que volverme antes de que llegaras a mí. —Se pone de pie. El momento para recrearme en su desnudez se ha agotado antes de lo previsto, pero casi lo prefiero: así no tendré que arrepentirme por ser un degenerado—. Ya puedes volverte.

Obedezco al instante, fijándome en su ropa. Me da pena que no utilice prendas un poco más descaradas; parece que quiere pasar desapercibida a toda costa y considero que no debería, me parece preciosa.

Jensen, céntrate, te estaba hablando del rodaje.

—Me encanta improvisar, siempre y cuando no cambie el sentido de la escena. Además, tengo comprobado que en esta serie el efecto sorpresa se ve reflejado en la pantalla. Si el doble no se lo espera, su reacción es más visceral, más auténtica.

—Espero haberlo hecho bien, no creo estar en condiciones de repetirlo.

Asiento con una sonrisa. Ha estado estupenda y quiero que lo sepa. Por alguna razón que no logro entender parece incómoda, así que le doy espacio; llego a la conclusión de que necesita ir al médico y descansar, así que no puedo retenerla mucho más tiempo.

—Me gustaría... —Carraspeo—. Me gustaría saber el parte médico y que te estás recuperando bien.

Vamos a jugar un poco. Me humedezco los labios y... ¡bingo! Los mira, se recrea en ellos. Asiente sin dudarlo, parpadea rápidamente y entorna la mirada.

—Voy a necesitar un número al que llamar.

—Oh, claro. Te daré el de mi piso, no tengo móvil. —Lo digo con toda la intención y cae... o eso parece, porque en el último momento guarda silencio. Me dan ganas de decirle que se atreva, que pregunte, pero como no la veo predispuesta al cotilleo hago un gesto de mano y respondo—. Cuando algún fan consigue tu teléfono, al final termina sonándote día y noche. Decidí que lo mejor era no tener móvil.

—Entiendo...

Le echo un ojo a los cuadernillos con los diálogos y se me ocurre algo: si le digo que no tengo folios, ¿sacará su móvil para apuntar mi número? Si lo hiciera podría pedírselo a ella también sin sonar raro. Si no encontrara otra solución, podría arrancar una hoja en blanco de uno de los guiones.

—Oh, vaya... No tengo folios sueltos.

—No pasa nada.

Me enseña la mano y no puedo retener una sonrisa: no solo se compromete a llamar, permite que me acerque a ella. Le escribo el número del piso mientras le acaricio la piel, decidiendo que soy fan de su tacto sedoso.

—Listo, espero tu llamada... eh... —«Jensen, eres lo peor»—. Esto es

imperdonable: ni siquiera sé tu nombre.

—Chica1. ¿Me puedes alcanzar los zapatos?

No sé si reír o llorar. Lo dejo en bufido.

—No, en serio, me gustaría saberlo.

—Es que he llegado a la conclusión de que no haberme preguntado el nombre antes de asesinarme a sangre fría sí va a requerir una compensación.

Entreabro los labios. Mil frases me estallan en la cabeza: darle mi dirección para compensarla cuanto antes, ofrecerle esa misma compensación aquí y ahora, regalarme como esclavo sexual durante unos días... Por pensar, le doy vueltas hasta a cómo la pondría cuando me la estuviera tirando. Me carcajeo ante una postura especialmente difícil pero placentera, observando cómo termina de arreglarse.

—O sea, que no me lo vas a decir.

—No. —Se cierra el zapato, provocándome un escalofrío—. No hoy.

Me enseña el número, aunque creo que en el fondo me está dejando las cosas claras: entiendo que le parece buena idea que nos liemos, pero que le duele el costado demasiado como para intentarlo ahora. Ella será la que llame; tiene su propia vida y no va a ceder a mis deseos solo porque a mí me apetezca.

Todo eso me pone cachondo, nunca me ha gustado que me lo pongan tan fácil.

—Hasta el próximo día, entonces.

Compartimos una mirada cargada de morbo. ¿Desde cuándo no me pasa algo así? Cruzarme con una desconocida que no sabe quién soy y por la que he experimentado una súbita atracción, siendo automáticamente correspondido.

Creo que la respuesta es «nunca».

Dejo que termine de vestirse, me levanto y me ofrezco como apoyo. Una vez se incorpora tengo el impulso de abrazarla, pero me contengo. Suspira, se aleja de mí y estira la mano con una sonrisa que contiene cierta vergüenza.

—Gracias por atenderme tan bien después de casi extirparme un riñón sin anestesia.

No puedo evitar carcajearme. Al inclinarme para poder corresponder a su gesto me fijo en sus vaqueros.

—Antes de salir por la puerta deberías terminar de vestirte.

Le señalo la cremallera y enrojece.

—Oh vaya... gracias.

Cuando veo sus intenciones un acceso de locura me nubla el juicio. Me hago con sus finos y sorprendentemente largos dedos, los aparto, me agacho para estar a la altura de sus labios y le acaricio las caderas. Me parece buena idea subir la apuesta, que vea que no me estoy tirando un farol: la deseo, pero entiendo que no es el momento. Deslizo mis yemas por su ropa interior y analizo sus rasgos. Veo esa mueca desconcertante de neutralidad, veo sorpresa, veo deseo... Le cojo la tela y la cremallera y la subo poco a poco intentando no mirarle los pechos, aunque parece que sus curvas me llaman. Entiendo que he llegado al final cuando da una especie de respingo y le abrocho el botón, tragando saliva.

Necesito una ducha.

—Ya está.

Creo que la mirada que intercambiamos nos paraliza; dos personas que se han encontrado, que se desean de una forma brutal e incandescente, pero que están tan superados por lo que les gustaría hacer que no hacen... nada. Y de repente, antes de que pueda reaccionar, se va. Sale corriendo de la *roulotte* y yo me quedo clavado, en blanco. Me siento en el sofá y me llevo las manos a la cabeza.

Por querer, no quiero ni fumar.

Luca entra en la caravana, cierra la puerta y se sienta a mi lado. Le pido un momento de silencio para frotarme los ojos y pensar en lo estúpido que he sido. ¿De verdad he dejado que se fuera sin saber su nombre? ¿Sin que me haya apuntado su número de teléfono? ¿Sin haberla besado!? Hago una exhalación profunda y observo a mi ayudante, que está mirándose las uñas de la mano derecha con indolencia.

—Te duelen los huevos, ¿eh?

No puedo evitarlo, me echo a reír. La cojo por el cuello y le doy un par de coscorrones entre protestas.

—Pero, ¿tú qué sabes de huevos? ¿Acaso tienes y no me lo habías dicho?

La suelto y huye hacia la parte de la cocina con una mano en el estómago y la otra en la cabeza, justo en la zona donde se ha llevado su castigo.

—¡No me hace falta! ¡Esa chica es como una especie de mezcla de todo lo que te mola en una mujer!! Pequeña, pelo oscuro y con curvas. —Me tapo otra vez el rostro. No puedo decir que no tenga razón—. ¡Oh! Y no creas que no he visto esa peca.

Por un momento me abandono a la paranoia y la miro seriamente.

—No será alguna conocida tuya, ¿verdad? Porque te agradecería el gesto

de presentarme a una fan en la sombra, pero sería una putada.

Frunce el ceño y niega sin dudarlo.

—Es la primera vez que la veo, ¡palabrita de Luca! —No veo necesario volver a preguntarle. Me recuesto en el sofá y miro al techo—. Eh, ¿estás bien?

—No lo sé. ¡Mírame, Luca! Tengo treinta y siete tacos y me comporto como un...

—... ¡como un tío! Le habrás pedido el número por lo menos, ¿no?

Hago una mueca.

—No exactamente...

—¿¡Qué!?

Le resumo la situación con un par de frases escuetas. Luca vuelve al sofá y termina poniéndome una mano en el hombro para darme ánimo; la verdad es que, hablando con ella, puedo expresar libremente lo mal que me ha sentado hacerle daño a la pobre muchacha. Y tengo la tranquilidad de que, desahogándome, no voy a encontrarme con una sonrisita de burla ni una sarta de ironías como cuando lo hago con Jonathan. Un golpeteo histérico nos saca de la conversación: Roger viene a buscarme para seguir grabando las tres escenas que me quedan.



—Buenas noches, soledad.

Cierro la puerta del piso y enciendo la luz del pasillo. Miro en todas direcciones, dejo caer la chupa y la mochila al suelo y suspiro, antes de empezar a danzar entre pelusas.

El piso está hecho un puto asco.

Nunca he necesitado a alguien a mi lado para hacer de mi apartamento un hogar habitable, pero desde que estoy solo no tengo ganas de nada. ¿Para qué acondicionar la casa si nadie va a venir a verla? Cuando me topo con las deportivas con las que salgo a correr tiradas al lado del sofá me planteo si no sería una buena opción contratar a alguien; sería yo el que lo limpiaría todo, pero por lo menos la puerta la cruzaría alguien más, le daría vida a este sitio. Lo pienso a fondo un minuto, lo que me cuesta coger una cerveza: paso. Todo me da pereza.

Todo me da igual.

Cruzo el umbral hasta el salón y el corazón me da un vuelco de alegría al

ver un número en el contestador del teléfono: no había olvidado mi inesperado encuentro, pero no sabía que iba a llamar hoy mismo.

Bailoteo hasta el teléfono, me siento en el sillón, abro la cerveza y le doy al botón:

Mensaje número uno: ¡Jensen! Que sepas que no estoy de acuerdo con la concesión que te ha hecho el juez. Me da igual si vienes a finales de octubre para quedarte un mes, dentro de esos días hay jornadas que me corresponden como madre. Mi abogada está en ello.

—Que te den.

Brindo con el teléfono y le echo un trago a la cerveza; ya puede decir lo que quiera, pasará todos esos días con mis hijos, celebraré mi cumpleaños con ellos, tendrían que arrestarme para que eso no sucediera.

Mensaje número dos: ¡Ey, papá! Te llamaba para decirte que... bueno... he escuchado a mamá antes, ¿vale? Pero... no te cabrees con ella. Ya sabes que a veces se le va la pinza, pero luego, ¡se le pasa! Ya... ahora ya está más tranquila. Bueno, solo quería desearte buenas noches. Te queremos, papá.

Me miro la muñeca. Es demasiado tarde para devolverles la llamada, demasiado tarde para decirles que les quiero.

Todos los putos días es demasiado tarde.

No puedo reprimir un sollozo. Me siento tan débil, tan... acabado. A esto has llegado, Matt, y te lo digo ahora que estamos *tête à tête* con la soledad: tendrás pasta, pero no te quiere nadie que esté a menos de seis mil kilómetros. Pienso en Luca, en Jonathan y en Emma; aprecio, cariño, respeto... pero no es amor.

Le doy otro trago a la cerveza y me planteo por centésima vez abandonar la serie, regresar a casa. Me da igual si no vuelvo a grabar nada en lo que me quede de vida; vería a mis pequeños todos los meses. ¿Todos los meses? Y una mierda. Iría a buscarlos todos los días al colegio y me la soplaría el régimen de visitas. ¿Por qué no puedo verles, si son lo que más quiero en este perro mundo? ¿Porque soy su padre?

El peso de la cerveza se está trasladando desde el botellín hasta mis sienes. Me acaricio la frente y me levanto: es hora de dejar de ser un alma en pena. Voy directo al baño, desnudándome por el pasillo. Le doy a la ducha, me miro de reojo en el espejo y vuelvo a cerrar el agua.

Madre mía, ¿esa arruga la tenía ayer?

Me acerco al lavabo y me investigo, encontrando la respuesta a una pregunta que no quería hacerme: la chica del estudio no me ha llamado

porque, aunque sigo siendo joven, soy un carca espiritual y eso se nota.

Hago una mueca y vuelvo a la ducha. Tardo poco, pero me entretengo un minuto bajo el flujo del agua: necesito desconectar. Me seco nada más salir y me pongo mi pijama favorito, una camiseta y un pantalón que me compré cuando nació Pauline, sintiéndome mucho más optimista: ya es tarde, llamará mañana sin falta. Utilizo el portátil que le compré a mi pequeña (aunque solo lo disfrute yo) para ponerme música mientras cocino. Recuerdo la salsa que he devorado a la hora de la comida: Luca me ha dicho que, cuando quede con la misteriosa *Chica1*, si no me interesa tengo que pasarle su número, siendo ella la que le pida matrimonio. Me sonrío. Ojalá tuviera otra oportunidad para conocerla mejor.

Cuando decido que hoy es una noche perfecta para un filete de ternera con menestra de verduras, regado todo con una copita de vino tinto, le doy al play en Youtube: Jacques Offenbach. “Barcarolle”.

El tiempo pasa sin volver, llevándose nuestros sentimientos.

¡Ah, tiempo! Lo que muchos desperdician, lo que otros codician, lo que yo anhelo cuando estoy con mis hijos, lo que me sobra cuando estoy solo. Algo que estoy deseando compartir.



—¿Me estás vacilando?

—Te juro por lo que más quiero que no.

Me derrumbo sobre el sofá y Luca se acerca a mí para abrazarme.

—¿Segura?

Ella asiente, propiciando que algo dentro de mi pecho se desinfla.

—Mi contacto es de confianza; es la que se encarga de separar las fichas con los datos de los extras recurrentes, de los muertos y de los actores. Ni la chica herida ni su compañera dejaron sus datos.

—Pero eso... ¡eso no tiene sentido! Actuaron aquí, deben aparecer por alguna parte.

—Eso le he dicho; ha sido entonces cuando ha dado con la respuesta: debieron entrar por enchufe sin pasar por las fases del *casting*. De ahí que ella, una mandada, no sepa quiénes son ni tenga ningún dato. Tampoco se atreve a preguntar por si los jefazos se enteran de que algunos compañeros están colando a gente. La verdad es que muchos de los familiares del equipo ganan dinero extra con esto.

Me llevo las manos a la cabeza. Diez días. Diez días en los que me he cabreado por pensar en un rechazo tan amargo y obvio, y en los que también he tenido momentos de bajón impropios de mí por pensar que... ¡joder!, ¿y si yendo al hospital empezó a encontrarse peor? ¿Y si está ingresada? ¿Y si la han tenido que operar de algo? Mencionó algo de un riñón, pero no la conozco lo suficiente como para saber si estaba bromeando o no. Y ahora, lo único que se me había ocurrido no vale para nada.

Luca me ha planteado ir a las universidades que imparten enfermería para preguntar por ella. Durante un par de segundos llegué a pensarlo en serio, tras lo cual hice la alternativa a un lado y le dije a Luca que estaba mal de la cabeza: eso rozaría el acoso y sería patético. Ella tiene mi número, que llame... si puede.

Ese pensamiento en bucle me ha estado amargando más de una semana. Saber que está por ahí y no poder dar con ella me está minando la salud y repercute en mi manera de actuar, aunque creo que esto es para mejor, porque siento una rabia que antes solo conseguía sacar recordando a Grethe.

Octubre



—¡Señor Jensen, esto está estupendo!

Le lanzo una media sonrisa y miro alrededor: veo los *scripts* ordenados en una práctica estantería recién comprada, así como un par de libros que me he traído para los ratos muertos. La cocina, ordenada y limpia, parece que está para estrenar. La mampara de la ducha ha vuelto a ser transparente (por fin), y el sofá ya no tiene migas, ni ceniza, ni monedas hundidas entre los cojines.

—Estoy entrenando para empezar con mi piso. Dentro de dos semanas vuelvo a casa y quiero dejarlo todo más o menos recogido.

—Uh... eso suena como si no fuera a volver...

—Quizá, ¿quién sabe? Igual mis hijos me suplican que me quede y no puedo hacer otra cosa que no sea obedecer.

Luca me mira y la pena le impregna el rostro. Me abraza de repente y le acaricio la coronilla, atreviéndome a achucharla contra mí antes de darle un beso en la frente.

—¿Me promete que llamará a su querida y fiel Luca si decide quedarse? Tardaría poco en hacer una maleta... y después del japonés y del inglés, el alemán no creo que sea muy complicado.

—Tranquila, voy a volver, solo estaba bromeando.

—¿En serio? Porque esta vez parecía convencido...

Nos miramos, y no puedo hacer otra cosa que no sea asentir antes de separarme. Luca se recompone y va hasta la cocina, a hacer un par de cafés de cápsula.

—No lo voy a negar, cada vez es más complicado seguir aquí, pero... aguantaré hasta el último momento. Queda media temporada, no adelantemos acontecimientos, ¿hecho?

Luca se vuelve y sonrío. Al cabo de unos minutos esgrime dos tazas (ambas personalizadas: “Para Luca, ¡gracias por cuidar de nuestro padre!”; “Para papá, el mejor asesino de la historia”) y me da la mía. Nos tomamos el

café en silencio; sostengo el *script* de hoy sin prestarle mucha atención, como quien repasa un tema que ya se sabe antes de un examen solo por sentir la seguridad de que, efectivamente, lo recuerda.

—¿Puedo volver al tuteo?

—Luca, ¿de verdad tienes que seguir preguntando? Me has visto el culo más veces de las que admitiría en público, y no me hagas decir en alto qué he visto yo.

Nos reímos. Luca se apoya la barbilla en su puño derecho y me mira con atención.

—Tengo un plan para que te disperses, para que dejes de tener en la cabeza esos... —Deja la taza e imita la onda expansiva de una explosión cerebral—... pensamientos tan negros.

—Soy todo oídos. Lo único que espero es que no tenga que ver con Adriana Cocuzza.

Pretendía hacer una broma, pero el ambiente se tensa. Adriana no tiene ningún problema en intentar sonsacar la información que yo me niego a darle por cualquier medio a su alcance; está al tanto de todas las exclusivas que me conciernen, de mis horarios, idas y venidas. Lo único que desconoce (o eso espero) es dónde vivo.

—La verdad es que no estoy segura de que podamos excluirla, seguro que va...

—¿Ir a dónde?

—Al baile de mitad de temporada de este año. Así podré presentarte a Ronda en persona...

Se atusa la corbata negra que lleva hoy y nos echamos a reír.

—Luca, el domingo me voy, no estoy para fiestas...

—¡Uy, pues yo creo que sí! Además... ¿y si va la chica misteriosa?

Imagino que mis rasgos reflejan el malestar que siento. Este mes he intentado pasar página, intentando hacerme ver a mí mismo que es imposible que un encuentro tan breve me haya dejado una huella tan profunda. Estoy dolido, sí, pero prefiero sentirme mal por un rechazo que pensar, siquiera durante un segundo, que le provocara un problema de salud. Lanzo un suspiro y, al final, consigo sonreír.

—Mira, no prometo nada, pero búscame un traje que no sea demasiado formal por si acaso.

Se lanza a por mí y me abraza con fuerza, arrancándome una risa muy sincera.



No se me va.

La sonrisa que he ido acrecentando desde que la he visto abrazada a su compañera de piso, bailando una lenta en medio de un salón lleno de gente, no desaparece. Siendo sincero conmigo mismo, en el estudio la deseé por su cuerpo, anhelé perderme entre caricias estando con ella. Fue algo visceral, repentino, puramente hormonal, una sensación de ardor que ni pude ni quise evitar. Pero ahora, después de hablar con ella en serio, de conocerla, lo que más deseo es su mente. Le he pedido que salga conmigo como si fuera un maldito adolescente, pero no me arrepiento porque voy a poder bucear entre sus pensamientos, y lo prefiero antes que entre sus piernas porque, por fin, puedo conversar con propiedad con alguien afín a mí.

Ruedo hacia un lado de la cama y me echo a reír, me carcajeo por la inmensa felicidad que siento en el pecho. Quizás porque he tardado casi treinta y ocho años, pero por fin la he encontrado, sé que es ella. Y recuerdo la promesa que me hice delante de Luca: lo daré todo por Julia.

Lo único que quiero en estos momentos es adorarla como sé que se merece después de todo lo que me ha contado y, por supuesto, que me quiera de la misma manera. Adaptarme conociéndola sin prisas, respetarla, amarla, desearla, hacerle la vida más fácil si puedo... o complicársela si es para bien. Ahora que por fin estamos en contacto todo se ha transformado en una cuestión de tiempo; lo tuve claro antes de no besarla en la cafetería, en ese momento en el que dudé perdiendo una oportunidad porque intuí que no estaba preparada. No me equivocaba mucho.

Deseo a Julia, claro que la deseo, sería gilipollas si no lo hiciera, pero ya no está en una posición elevada dentro de mi lista de prioridades. Me he... diversificado.

Al ponerme bocabajo y abrazar la almohada pienso en que, quizás, debería pasarme mañana por su piso antes de irme a Bremen. Pero no, sin agobios, sin parecer un desesperado o un acosador. Va a ser interesante saber de ella a través de Facebook, un medio neutral. He estado muy entretenido cotilleando su muro y algunas fotos (tomo nota de su amor por los gatos); también me he puesto un par de canciones de las que ha ido compartiendo. Me enterece saber de ella sin el contexto de “dos personas que se atraen hablan de cerca en una cafetería”, aunque muchos comentarios no los

comprenda porque están en español.

Respiro hondo y pienso en los consejos que he buscado en Internet sobre parejas en las que una de las partes tiene hijos. Me gustaría abordar el tema y que supieran que su padre es feliz, pero lo leído me sugiere todo lo contrario: mejor cuando ya sea una relación estable. Entiendo que es lo mejor dado que llevo unas dos horas saliendo con Julia, así que comienzo a adormilarme con la conciencia muy tranquila, evocando la imagen de su rostro mientras la alterno con las de mis pequeños. En menos de un día los tendré conmigo, comprobaré cuánto han cambiado en los últimos meses y les abrazaré, deseando no tener que volver a separarme de ellos.

Noviembre



Hay que joderse, vuelvo a casa, esperando completar mi corazón con la presencia de mi madre, de mi hermana, de mis sobrinas y de mis hijos... y, al pasar los días, descubro que una persona ha abierto su propio hueco y me hace añorar Toronto. Aquí, en el sofá, con mi hijo Till sentado sobre mí, con Pauline hecha un ovillo al lado y con Hugo apoyando la cabeza sobre mi hombro, me doy cuenta de que me gustaría compartir el momento con Julia. Me falta su presencia en este cuadro de amor.

Beso el pelo de Till, le acaricio la cabeza a Hugo, aprieto la cintura de Pauline. Mis hijos. Conmigo. Echo la cabeza hacia atrás y trago saliva, buscando retener las lágrimas. Mi madre se acerca y me aprieta el hombro con fuerza, ofreciéndome un café que soy incapaz de coger. Sonríe, lo deja en la mesita auxiliar y se sienta en el reposabrazos del sofá, mirándonos con una expresión de dulzura en el rostro que hacía mucho tiempo que no veía.

—Deberías llevarles a la cama, Matthi, y salvarme de Heinrich.

—¿Y si paso de mi cuñado y me quedo así? Durmiendo aquí toda la noche, con ellos. —Miro al infinito, intentando no arrepentirme de haberme ido—. Toda la vida.

—Matthi...

—No hice bien. Tendría que haberme opuesto al divorcio, pero en el fondo lo deseaba tanto que accedí sin pensar en las consecuencias. No sabes cuánto me arrepiento.

—Ni en broma, ¿me oyes? Mírame, Matthias. —Obedezco, intentando mantener la compostura—. Ese matrimonio no acabó contigo de milagro, no pienso consentir que te arrepientas de haberte divorciado. En todo caso, si alguien tiene que sentirse culpable, soy yo.

Lanzo un suspiro que tiene más de risa que de exhalación.

—¿Tú?

—Sí, yo. Debí ofrecerle a Grethe una alternativa: hacerme cargo de Pauline. Mi nieta conmigo, tú con tu carrera, ella... que hubiera hecho lo que

le hubiera dado la gana. Pero te vi asumiendo tu responsabilidad a costa de tus sueños y, como una imbécil, lo dejé pasar. Creía que te estaba dando una lección, y me equivoqué.

—¿Qué pasa?

Mi madre se yergue y bebe un trago de café para disimular ante Hugo, que nos mira con cara de sueño. Me acerco su cabeza a los labios para besarle la frente.

—Nada, pequeño. ¿Me ayudas a despertar a tu hermano?

—*Pfff*, eso es imposible... —Hugo se levanta, se estira y le da un beso a su abuela—. Buenas noches, *yaya*.

—Buenas noches, cariño. Descansa.

Mi madre se acerca a Pauline y le acaricia la cara. Ella se despierta, la mira y se aprieta más a mí.

—No quiero.

—Jovencita...

—Jo, abuela, cuando me miras así me das más miedo que papá cuando mata a alguien en la serie.

Me río, ¡cómo no voy a hacerlo! Pauline se estira antes de alzarse y comienzo a hacerle cosquillas a Till, intentando despertarle. Me llevo un manotazo tremendo y un ronquido, pero el muy canalla se niega a despertar aun durmiendo con los ojos entreabiertos. Menudo susto la primera vez que le vi hacerlo...

—Till. Till, despierta...

—... jame...

Se revuelve entre mis brazos y le pego un achuchón.

—No, no te deajo.

Me levanto con él en brazos. ¡Madre mía, lo que pesa ya! Consigo llegar con cierto apuro hasta su cuarto y deajo que se cambie a su aire. Una vez acostados los gemelos entro en la habitación de Pauline.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, cariño. Te quiero.

—Yo también.

Un beso en la frente y mi pequeña me da la espalda, encontrando su postura favorita. ¡Y pensar que hace nada la llevaba entre mis brazos! Nada más nacer le ponía “El lago de los cisnes” y hacía *pliés* con ella, pero a los pocos intentos me di cuenta de que la música clásica no era lo suyo. Hasta que no descubrí que se tranquilizaba con “I don't want to miss a thing” no

pude pegar ojo una noche entera... ¡y la sacaron casi un año después de su nacimiento!

Aparco el pensamiento al bajar al salón, me cojo el café y voy hasta el comedor. Heinrich se ha preparado un *whisky* y mira con indolencia la televisión con uno de sus brazos en torno a los hombros de mi hermana.

—Malditos bastardos...

—¿Con quién andas peleado esta vez, Heinrich?

Mi (por desgracia) cuñado señala la televisión, haciendo caso omiso del gesto de Karen de callarle.

—Con todos los cabrones que vienen aquí a jodernos el trabajo. Están acostumbrados a cobrar una miseria, así que llegan a Alemania y, ¡a tomar por culo la estabilidad laboral! Ellos aceptan trabajos de mierda y nos joden a los demás.

Me siento al lado de mi madre y saco un cigarro del paquete de tabaco que ha empezado Karen, dispuesto a seguir con el debate.

—¿Y no crees que la culpa la tienen los empresarios que les ofrecen esos trabajos y que se aprovechan de las personas que, en su desesperación, están dispuestas a aceptar lo que sea con tal de no volver de donde sea que hayan salido?

—No me toques los huevos, Saltitos; el problema aquí es que no tienen dignidad. ¡¡Que arreglen lo que dejan atrás en vez de estropear el lugar al que llegan!!

¿Le puedo decir ya que es un jodido imbécil? Me enciendo el cigarro, le doy una calada bajo la reprobatoria mirada de mi madre y echo un trago de café.

—Vamos a ver si nos entendemos... si hay un conflicto en un país no puedes pretender que un ciudadano de a pie como tú o como yo lo solucione con un chasquido de dedos. Si fuera un problema social tendría cierto arreglo con unas elecciones, pero si es armado, o es monetario por una crisis bancaria mundial, lo único que puede hacer uno es tirar con lo que puede.

Heinrich se carcajea, mirándome con desprecio.

—Ni puta idea tienes de la vida, Saltitos. —En vez de darme la réplica me ignora, centrándose en la televisión. Ojalá Julia estuviera aquí, podría apoyarme, aportar su punto de vista—. ¡Y esos son los peores! Señor... ¡a saber qué va a pasar si se separa esa gente!

Miro hacia la televisión y se me revuelve el estómago: hablan del país de Julia, de no sé qué historias de unas elecciones.

—¿Qué pasa con España?

—Que no solo están en la mierda económica, hay una zona del país que se quiere separar. Supongo que no están de acuerdo en las horas que deben dormir por la tarde...

Se ríe y a mí empieza a palpitarme la vena.

—Heinrich, por tu bien, deja el tema justo aquí.

Mi madre y Karen se miran, extrañadas por mi repentino cambio de ánimo. Hasta mi cuñado parpadea.

—¿Y a ti qué te pasa con los españoles?

—Que no quiero que hables de ellos; de hecho, me gustaría que no hablaras de nadie, pero eso ya me parece más difícil: eres un jodido bocazas.

Miro la televisión, intentando recordar el nombre de la ciudad de Julia. Ni lo consigo ni lo asocio con la zona que nombran en el telediario. ¿Cataluña dónde está? Señor, me siento un imbécil. La verdad es que hasta ahora no me había preocupado por la distribución del país, pero la existencia de Julia me hace querer saber más.

—Venga ya, ¿desde cuándo te importa? ¿Acaso quieres irte a una de sus islas al jubilarte?

—La verdad es que a mí no me importaría.

Heinrich se gira hacia Karen, le sonrío y asiente sin muchas ganas.

—Si tienes dinero, España no está mal. Algún día, amor, algún día nos iremos hasta allí a disfrutar de la vida... aunque tendremos que ir con la cartera encadenada; a Thomas Bargfrede se la robaron cuando fue con la familia este verano.

—¿Qué dices!

—Ya ves... dejó sus cosas en la playa, fue a bañarse y cuando volvió... Es a lo que uno se expone al ir a un país lleno de gente con problemas.

¿Y si le pego un puñetazo? Comparto una mirada con mi madre y ella se gira hacia Heinrich.

—¿Queréis postre?

Karen y Heinrich se miran y sonrío.

—Yo no quiero nada, gracias Clara.

—A mí un trozo de tarta de manzana, por favor.

—¿Matthi?

—No, gracias.

«Se me ha cortado el apetito gracias a este gilipollas».

—Cómete un trozo, cuñado, a ver si se te alegra la cara... ¡o te van a

confundir con un español en paro!

—¿¡Quieres callarte de una vez!?! ¡Me estás poniendo enfermo! —Cierro los ojos para no ver los tres rostros que me observan, estupefactos. Decido soltarlo ya, antes de que parezca que lo oculto—. Estoy saliendo con una mujer española y me ofenden tus putos comentarios, Heinrich.

—¿Qué?

Mi madre vuelve a sentarse, mirándome con los labios entreabiertos. Karen ni parpadea; Heinrich se echa a reír cuando asimila lo que acabo de decir.

—Venga ya, ¿en serio? ¿Española de las de peineta?

—Vete a tomar por el culo.

Le dedico una mirada de odio sin filtros, de las que sé que le hacen estremecer, pero justo cuando más lo necesito no surte efecto ninguno: sigue con su cara de inútil displicente.

—No, en serio, ¿en qué estabas pensando, cuñado? ¡Está comprobado! Esas mujeres ven pasta y...

—Ni se te ocurra siquiera insinuarlo, Heinrich.

El comedor se queda en silencio hasta que él se recuesta en la silla.

—Tú verás. Solo espero que tus hijos no terminen puteados por esa mujer; ya los ves poco, no quiero imaginar cómo será cuando decidas pasar de ellos por abrir de piernas a una española.

—¡¡Heinrich!! ¿¡Pero qué tonterías estás diciendo!?

Karen le mira con el susto en el cuerpo, al mismo tiempo que mi madre tira de mi camisa con la esperanza de que no me abalance sobre él.

—Retira eso, Heinrich.

—¿O qué?

Me levanto, sosteniéndole la mirada cuando él me imita; me dan ganas de fundirle el hoyuelo de la barbilla con la nuca de un puñetazo.

—Yo NUNCA he pasado de mis hijos. Jamás. Y te exijo respeto por mi pareja, porque no voy a consentir que hables de ella como si fuera un pedazo de carne.

Me dan ganas de decir todo lo que me llama la atención de ella: su mirada, su curiosidad, su compleja personalidad, las conversaciones que hemos estado manteniendo... pero cuando lo pienso decido que no, que Heinrich no merece contagiarse del calor y del amor de Julia.

—Tú sabrás lo que haces, aunque pensaba que eras un poco más inteligente. —Heinrich se aparta de la mesa para ir hasta el colgador. Karen

va a imitarle, pero en el último momento decide volver a sentarse—. ¿Te quedas?

—Tengo que hablar con mi hermano. Coge un taxi, has bebido; yo haré lo mismo después.

Heinrich asiente, conforme.

—Sea, a ver si consigues que el cabezón de tu hermano entre en razón y se dé cuenta de los errores que está cometiendo.

Consigo controlar mi instinto homicida durante un cuarto de hora, fumándome un cigarro tras otro. Heinrich se va con Frieda y Monika cuando el taxi al que llama mi madre aparca frente a la casa y me tranquilizo lo suficiente para hablar como un adulto con ellas, aunque vuelvo a perder la paciencia cuando compruebo que no intentan comprender la situación: se limitan a sonsacarme datos, como si vaguedades como nuestra diferencia de edad o su nacionalidad pudieran clasificarla como buena o mala para mí.

—Vamos a ver, esto no es cuestión de si Julia merece tenerme como pareja o no.

—Pero Matthias, nosotras tenemos que asegurarnos...

—Os consideraba dos mujeres de pensamiento contemporáneo, Karen; esa actitud tan cerrada y retrógrada no os pega. Julia y yo hemos empezado una relación, punto. Ahí deberían terminar vuestras dudas, si es que tenéis alguna.

—Yo sí tengo una. —Miro a mi madre atentamente, esperando—: Cuando dices que es “especial” no creo que te refieras a lo que sea que hayas visto en ella.

Suspiro y niego.

—No, pero tampoco sé explicarme. Ha intentado describirse de una manera que yo pueda entender, pero todavía no sé hasta dónde... hasta dónde llegan sus particularidades.

Apoyo los codos en la mesa y me tapo la cara con las manos.

—Hijo, entiéndenos. Según nos dices es más joven, extranjera, os habéis conocido de repente y hace poco tiempo, es... —Sé que va a decir “rara”, pero en el último momento mi madre recapacita—... especial, tú mismo lo has dicho.

—Por favor, yo soy el más interesado en no volver a meter la pata, ¿por qué no confiáis en mi criterio? En darle una oportunidad a un sentimiento que no experimentaba desde hace casi veinte años, por no decir nunca. Me he... enamorado de Julia y no hay más que hablar.

Ya está, ya lo he dicho. No a ella, que sería la más interesada, pero al menos lo he dicho en alto. Me levanto de la mesa, dejo la silla en su sitio y subo a la habitación dándole vueltas a todo, incluso a mí mismo al meterme entre las sábanas. Vueltas, y vueltas, y vueltas. Al final termino levantándome y agarrando el portátil. En cuanto abro el Facebook lo veo: mensajes sin leer. Julia me cuenta cómo le ha ido el día antes de comenzar una disertación sobre las diferencias nutricionales de las palomitas saladas y dulces, preguntándome al final cómo me ha ido la jornada. Le contesto a todo sin plantearme que hablar de palomitas por Facebook no tiene ningún sentido; le confieso que me he sincerado con mis familiares omitiendo los detalles que me han llevado a hacerlo. La pillo conectada; lo compruebo cuando me manda una cara de susto que me hace sonreír por primera vez en un buen rato. Se me va la cabeza sin venir a cuento, busco una foto en la que sale en pijama, tal y como es Julia, y me levanto de la cama. No veo luz en el piso de abajo, así que llamo a la puerta del cuarto de al lado. Mi madre me da permiso para entrar: está recostada en la cama, leyendo un libro.

—Dime si te parece que es como Grethe. El primer impulso, el más visceral. No quiero que la aceptes sin conocerla, pero dame la oportunidad de estar con Julia sin cuestionar mis sentimientos.

Le pongo el portátil sobre las piernas, observando su reacción. Primero parpadea, descolocada, luego me mira.

—No, no es como ella.

Pongo mi frente contra la suya, le acaricio el pelo al separarme, cojo el portátil y salgo de la habitación.



—Hola, Grethe.

Ella me ignora, observando con atención la entrada por encima de mi hombro.

—¿Dónde están mis hijos, Jensen?

—Merendando. ¿No quieres entrar y tomar algo?

—No, quiero largarme lo antes posible de aquí y dejar de perder el tiempo.

—Mira, creo que no estaría mal que entraras. No digo que seamos uña y carne, pero estaría bien que los pequeños creyeran que tenemos una buena relación.

—Tengo vida, ¿sabes? ¡Y no quiero entrar en la puta casa de tu madre!
Cierro los ojos y suspiro.

—¿Por qué siempre que estamos juntos siento que me arrastro ante ti? Es como si buscara las migajas de tu compañía, y ni siquiera con segundas intenciones: eres la madre de mis hijos, quiero llevarme bien contigo.

—¿Ahora que vuelves a follar quieres tener a tu ex contenta? Vete a tomar por culo. —Se acerca al coche, abre la puerta con un movimiento brusco y toca el claxon. Me ha dejado tan perplejo que no puedo ni reaccionar—. ¡¡Vamos, joder!!

Cojo aire e intento destensar la mandíbula. Veo que en la casa de enfrente se descorren unas pesadas cortinas y doy un paso atrás.

—Deja de montar escándalo, voy ahora mismo a por ellos.

Me doy la vuelta, pero un golpe entre las escápulas consigue paralizarme; me vuelvo, observo una revista desmadejada en el suelo y acto seguido fijo los ojos en Grethe, que se ha convertido en una jodida hidra.

—¡Toma, a ti que te gusta tanto leer, para que te entretengas por el camino!

Le pego una patada a la publicación e ignoro su existencia; no pienso inclinar la cabeza delante de ella.

—No vuelvas a hacer algo así jamás. Ya no soy tu marido, y hay cosas que no pienso pasar por alto como hacía antes.

—¡Oh, qué valiente! ¿¡Sabes qué no deberías pasar por alto, señor soplapollas!? Subirles la cuota de la pensión alimenticia a mis hijos.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes; sé lo que cobras, lo que les das es calderilla, deberías pagar el doble o incluso más.

—Lo que le doy a *nuestros* hijos... ¿o a ti?

Se revuelve, ruborizándose.

—¿Me estás acusando de algo?

—¿Yo? De nada, tú misma te retratas. Si mis hijos necesitan más de cinco mil euros al mes cada uno para poder comer, vestirse e ir a clase, yo mismo se lo daré; hasta entonces no negociaré una mierda contigo.

Los rasgos faciales se le alteran todavía más; me mira con asco, como desde antes de nacer Pauline.

—Entonces yo tampoco negociaré más horas de visita que las mínimas que te corresponden, ni dejaré que vayan a Toronto.

—Ya lo veremos.

Vuelvo a entrar en casa, esta vez sin sobresaltos. Creo que los niños, en el fondo, sabían que su madre no entraría: están preparados para partir. Salimos de la casa en silencio, aunque justo antes de llegar al lugar en el que Grethe ha aparcado se derrumban, girándose hacia mí.

—Papá, no dejes que nos vayamos, por favor.

—Pauline, yo también voy a echaros de menos; créeme cuando te digo que me resulta muy duro despedirme de vosotros, pero debéis estar con vuestra madre. Ella os cuida bien.

Hugo se adelanta, secándose las lágrimas. El nudo que se me ha estado solidificando en la garganta no pasa, por mucho que intente tragar saliva.

—Tenemos compañeros de clase que pasan mucho más tiempo con sus padres...

—Cariño, no podéis estar cruzando un mes sí y otro no el océano solo por estar conmigo, tenéis que ir a clase, tenéis amigos, y estáis con vuestra madre. Además, cuando no estoy grabando estamos siempre juntos, ¿verdad?

Asienten antes de lanzarse a mis brazos. Intento alargar el contacto, conseguir ablandar a Grethe, pero el rugido del claxon me informa de que mis esfuerzos y mi dolor son inútiles. Till se separa y le revuelvo el pelo mientras se deshace en lágrimas que recorren sus mejillas.

—¿Y si nos quedamos contigo todo el año?

—Till, yo...

—¡Sí, papá! Estaríamos todos juntos.

—Nada me gustaría más...

—¡SUBID AL JODIDO COCHE YA!

Hugo vuelve a gemir, reanudando el sofocón. Intento que duela lo menos posible, aunque al mismo tiempo siento que les traiciono al empujarles suavemente hacia el coche de Grethe. Veo cómo montan; se van de mi lado, y yo vuelvo a romperme por verles partir.

Mi madre me abraza desde un lateral y le paso un brazo por los hombros. El frío del ambiente me ayuda a serenar mi ánimo, aunque lo que quiero ahora mismo es desahogarme de alguna manera. Recojo la revista a la que no he querido dar importancia, me yergo, le cedo el brazo a mi madre y entramos de nuevo en casa.

—Matthi, ¿quieres un café?

—Solo si le pones un dedo de alcohol.

—Creo que yo también tomaré uno de esos.

Abro la revista en cuanto la veo desaparecer por el arco que da a la

cocina, leyendo por encima el índice. Empiezo a parpadear, anonadado; menos mal que se lo dije hace un par de semanas a Karen y a mi madre, y no se han enterado por la prensa:

¡¡Qué FUERTE, queridas lectoras!! Nuestro divorciado de oro, Matt Jensen, ¡está saliendo con una actriz de la serie en la que trabaja!

Un tic se hace con mi labio y hago entrechocar los dientes al ver, en el pie de foto que acompaña la primera frase, un inciso en cursiva donde se cuestionan las capacidades de interpretar de Julia solo porque era una extra. Imbéciles...

... los dos nuevos tortolitos llegaron por separado a la fiesta de la mid season. Ella, una joven morena y desconocida, apareció con otra mujer que también participó en el rodaje. No sabíamos de su existencia y ni siquiera nos enteramos de su llegada, incapaces de saber quién era y la sorpresa que iba a darnos. Fueron dos acérrimos fans de Matt Jensen, que montaban guardia en la puerta con auténtica devoción, los que nos informaron sobre la identidad y la historia que rodeaba a la misteriosa mujer: cómo durante el rodaje parecieron saltar chispas, cómo resultó herida (¡llegaron a ponerle puntos de sutura!!) y cómo el carismático actor de cine y televisión la atendió extramuros, sacándola del estudio de grabación como Richard Gere en Oficial y caballero mientras todos aplaudían...

Me encanta que hoy en día hacer periodismo consista en dar pábulo a historias oídas de segundas, narradas a través de foros de fans, ilustrándolas además con fotos tomadas sin consentimiento y con una calidad bastante dudosa. No recuerdo haber escuchado ningún aplauso mientras la sacaba de allí, y si hubiera necesitado puntos la habría llevado directamente al hospital.

... salieron del Ritz (lugar de encuentro de actores, productores y equipo técnico de la serie) cogidos del brazo, compartiendo confidencias muy dicharacheramente. Momentos más tarde pudimos hablar con otra fan que consiguió una firma del actor; nos contó que, aunque Matt Jensen se mostró muy cordial y amable con ella al principio, se despidió casi sin ganas para proseguir con su cita...

¡No te jode! Estábamos en mitad de una conversación muy interesante, en la que los dos tanteábamos el terreno, plantando las bases de nuestra todavía inestable relación. Y, por si fuera poco, esa cría quiso hacer de menos a Julia dejando caer que estaba disponible si quería irme con ella. Tendría que haber sido incluso más borde al despedirme.

... estamos seguras de que, al percibir nuestra presencia...

Ni siquiera me di cuenta de que rondaban por allí.

... se volvieron más reservados y un poco más distantes...

Esbozo una sonrisa, ¿cómo pueden pretender conocerla a través de dos fotos robadas?

... sin querer compartir un beso que hubiera confirmado nuestras sospechas: ¡son pareja!

Cierro la revista y la tiro sobre la mesa, tapándome la cara con las manos. Por favor, que mis hijos no se enteren de que su padre tiene pareja por una cutre revista que les lleve a equívoco sobre Julia. O, peor aún, que sea Grethe la que les hable de ella. El ruido del papel cuché al volver a abrirse me revela la presencia de mi madre, que lee el mismo reportaje sin cambiar de expresión. Espero a que termine y me mire; sinceramente, lo que veo reflejado en sus ojos me gusta tan poco como lo que acabo de vivir con mi exmujer.

—Yo solucionaría los quebraderos de cabeza que tienes antes de empezar uno nuevo, Matthi.

—Lo dices como si Julia fuese un problema, cuando más bien es todo lo contrario: su existencia me está haciendo bien.

—Pero te distrae.

—¿Distraerme de qué?

—¿Por qué no lo intentas, Matthias? Los niños quieren estar contigo, lucha por su custodia.

—A ver, ¿por dónde empiezo? Ningún juez le da a un padre la custodia total porque sí, y en el improbable caso de que lo lograra, Grethe acudiría a la prensa acusándome de trato de favor, de robarle a nuestros hijos. Y, por si no

te habías dado cuenta, Pauline, Till y Hugo quieren venir a Toronto solo porque cuando están conmigo reciben regalos, achuchones y les dejo irse a dormir tarde. Creen que siempre sería así conmigo.

Le echo un trago al café, intentando encontrar un resquicio por el que tener la esperanza de tener a mis hijos conmigo. Comienzo a llorar mirando por la ventana: no se me ocurre nada.

Diciembre



Bien, seamos sinceros, no ha sido una gran sesión de sexo. Apenas sí he podido moverme, Julia ha estado incómoda y me ha costado más de lo que esperaba entrar en ella, pero lo que he sentido, el amor que he visto en sus ojos, lo ha hecho especial.

Muy especial.

Cubro casi la mitad de su rostro con la mano, acariciándole la mejilla con el pulgar. Al principio parece dudar, pero en cuanto entrelaza sus dedos con los míos, sonrío. La atraigo hacia mi pecho y cierro los ojos; ojalá estés notando todo el amor que siento por ti, que me hace pasar por alto que no sé si me correspondes. ¿Sabe acaso que debe decírmelo? Lo desconozco.

Abro los ojos y frunzo el ceño mirando al techo.

¿Debe decírmelo? Yo lo he soltado porque me apetecía que lo supiera, porque quería tranquilizarla, pero sus sentimientos son suyos. No tiene por qué hacerme partícipe de ellos... aunque me encantaría. Madre mía, Jensen, ¿pero qué cosas se te ocurren a estas alturas de la vida? Simplifica, descansa y sé feliz. Acabas de hacer el amor con Julia por primera vez. Bésale la frente y duérmete.



—Matt.

Levanto la vista del guión que estaba estudiando. Julia está mirándose las zapatillas de estar por casa, tamborileando con los dedos sobre su muslo derecho.

—Dime.

—Creo que hay algo que deberíamos hacer, lo he encontrado por Internet.

Se ruboriza y no sé si reír o empezar a desnudarme. Recuerdo que decidí no dar nada por sentado con ella y sonrío, cerrando el guión.

—Cuéntame.

Julia se acerca, levanta el brazo y se decide a mirarme durante un segundo. Le tiendo la mano, pero antes de poder acariciarle los dedos expresa una mueca de horror a la que ya me estoy acostumbrando, fija toda su atención en el guión y lo deja bien cerrado justo en el centro de la mesa americana. Cuando, según su propio universo, el cuadernillo está bien colocado, vuelve a ser la dulzura personificada y me coge de la mano para llevarme hasta el sofá.

Empiezo a creer sinceramente que son instantes en los que desconecta, que no es consciente de lo que hace ni se preocupa de si a mí me molesta (cosa que no hace, aunque sí me deja un tanto desconcertado). Es como cuando, justo antes de abrir las puertas, dibuja una curva cerrada a un palmo del picaporte con su dedo índice. O como cuando organizó el contenido de todos los armarios de la cocina, escribiéndome en un folio la nueva distribución (también lo hizo con la nevera y el botiquín del cuarto de baño). Las películas de Hugo y Till ahora están por orden alfabético dentro del año en el que fueron estrenadas, y cada vez que pone los vasos a secar se asegura de que hay un dedo de distancia entre uno y otro... oh, y todavía no sé qué criterio utiliza para colocar los cojines del sofá, pero estoy deseando aprenderlo porque veo que lo pasa mal si no están como ella los dejó.

Julia me lleva a uno de los sillones, consigue que me siente con un sutil tirón de camiseta y se acomoda sobre mí, mirando al infinito.

—He encontrado una página en la que pone que hay treinta cosas que tengo que saber de ti, pero hay muchas que desconozco y que tampoco te he contado. ¿Cuál es tu color favorito?

Ay Señor, pero ¿qué página ha mirado? ¿La de la revista “Cosmopolitan”?

—El negro.

—¿Por eso el Lexus es negro?

—Por eso y porque me parecía más serio.

Mentira. Era el único que había en el concesionario, pero en el fondo no quiero parecerle un simplón.

—El mío es el morado. ¿Tienes alergias?

Sonríó, negando en su dirección.

—No. ¿Y tú?

—A la piel del melocotón, pero su carne me gusta mucho, así que cuando me apetece uno siempre pido que me lo pelen.

—Vale, lo tendré en cuenta.

Le rozo la nariz. ¿Un melocotón con alergia al melocotón?

—¿Qué súper poder elegirías tener?

—¿Qué? Puff... —Hago una mueca rascándome la cabeza. Seguro que es alguna pregunta trampa, tipo “si dice volar, tiene miedo al compromiso”, así que decido contestar algo que sé que va a comprender sin necesidad de buscarle un doble sentido—: Devolverle la vida a las personas que se fueron demasiado pronto.

—Oh, vaya... yo había pensado en ser invisible y no tener que perder tiempo durmiendo, pero ahora que lo pienso, estoy de acuerdo con el tuyo.

Hace un mohín, parpadea varias veces dejando el cuerpo estático y entreabre los labios. Antes de que pueda hacerme otra pregunta, suelto una que me lleva rondando un tiempo por la cabeza.

—¿Por qué estudias enfermería? Es un trabajo con el que estás todo el día con gente, no te pega.

Sonríe a medias.

—Fueron un conjunto de factores los que me llevaron a tomar la decisión: una de mis obsesiones es el funcionamiento anatómico humano, también era la carrera que Nacho quería estudiar después de su grado de dietética; yo me aburría y, además, puedo compaginarla con mi formación como intérprete de lengua de signos. Tengo que decir que me gusta ayudar mucho a las personas, me siento muy bien conmigo misma cuando lo hago, aunque eso signifique sacrificar mi espacio. También me atrae mucho la organización en un ambiente hospitalario: está lleno de códigos, de protocolos, de orden. Es aséptico, es metódico. La gente no suele lanzarse a manosear a una enfermera, y tocar a desconocidos no me importa dentro de un contexto médico controlado. Además, ¿quién ha dicho que yo quiera trabajar con enfermos? En la etapa de las prácticas es lógico que interactúe con personas, pero las ramas laborales que me interesan son las de gestión y administración, tareas repetitivas e impersonales.

Cruza una mirada conmigo llena de emoción contenida, decisión e ilusión. Me doy cuenta de que tengo los labios entreabiertos y que no sé qué decir. Bueno, sí.

—Voy a besarte.

Asiente con una sonrisa y me hago con sus labios. Todo lo que me cuenta tiene sentido, pero lo de sacrificar su espacio por ayudarme ha llamado la atención especialmente. Me aferro a su boca con entusiasmo. Estoy deseando poder demostrarle lo bien que puede pasárselo conmigo, pero me doy cuenta

de que se siente incómoda: se ha encogido sobre sí misma y, cuando me aparto, no sube la vista de mi barbilla.

—Matt, yo...

—Tranquila, Julia. —Le doy un besito y ella me da un abrazo. Sé que el otro día le dolió, entiendo que no le apetezca volver a hacerlo tan pronto... aunque espero que recuerde que no todo era cuestión de penetración. Me sostiene la mirada; parece un tanto contrariada, pero lo dejo correr acariciándole la mejilla—. ¡Eh! ¿Qué haces que no estás estudiando? ¡A trabajar!

Sostengo ante ella una de mis manos, a fin de que pueda levantarse. Después de hacerlo me enseña una sonrisa que yo le devuelvo sin reservas.

—Estaba en un descanso...

—¿Y te has puesto a cotillear test de parejas?

Enrojece. Es tan... tierna.

—La verdad es que era una excusa; me apetece estar entre tus brazos, pero tienes razón, debo seguir estudiando.

Da un paso hacia atrás y decido posponer la retirada: acaricio sus manos con suavidad y tiro de Julia levemente. Vuelve a sentarse sobre mí, cierra los ojos y suspira, consiguiendo que sonría como un tonto.

—¿Y si esta tarde te traes los apuntes y estudias conmigo?

—¿Contigo o sobre ti?

—Sobre mí.

Nos reímos por lo bajo y Julia me abraza. Con fuerza. Con amor.

—Te quiero, Matt.

La estrecho contra mi pecho, perdiéndome en su contacto, reencontrándome por sorpresa con un hombre nuevo, ilusionado y feliz, que no está completo todavía, pero que va a poder llevar mejor la pena que arrastra por no poder estar cerca de su familia.

—Yo también te quiero, Julia.



Bien, bien, ¡bien!

Esto marcha.

Entre roces y besos hemos hablado. ¡Hablado, coño, sin discutir! Expresar en alto que pensaba que no me deseaba, pensamiento que lleva días tocándome los cojones, me ha servido para saber que tenía la regla. Una parte de mí exige a gritos que mañana mismo Julia compre un calendario y lo

cuelgue en el armario para que me apunte el día que le baje y, así, no tener más ralladas mentales... pero, por otra parte, es su cuerpo. Un cuerpo que espero ver gloriosamente desnudo dentro de poco. De momento ya lucha contra la cinturilla de su pantalón para bajarlo, algo que me parece estupendo... aunque si no se da prisa creo que voy a optar por arrancárselo.

No, joder, no seas animal. No la asustes.

Hago acopio de autocontrol para recrearme en la suavidad de su piel, recorro su anatomía hasta llegar a su culo y me lleno la mano al apretarlo, besándola sin saber si me estoy pasando o no. Creo que si la agobiara me lo diría, así que comienzo a relajarme y a disfrutar del momento, de sus pechos contra mi cuerpo, de su olor, de cómo me pasa una pierna y yo la incito.

Esta noche va a ser una gran noche, Julia, y la vamos a disfrutar al máximo.

Se me están acumulando tareas. Vamos a ver, ¿qué haces todavía vestida, cariño? Cuando se quita la camiseta del pijama empiezo a darme cuenta de que me faltan manos para todo lo que quiero tocar. Le aparto las bragas y la encuentro tan húmeda que me vuelvo completamente loco. Le devoro los labios, me entretengo con su pequeña pero juguetona lengua y empiezo a meterle el pulgar... pero dudo. ¿Y si le hago daño? Parece que las caderas de Julia quieren acudir a mi encuentro, pero prefiero no arriesgarme: cambio al índice hasta que el mismo pensamiento me asalta y vacilo otra vez.

Julia me está mirando. ¡Jensen, por Dios, decidete! Ya ha tenido dentro algo bastante más grande que un dedo, ¡tampoco se va a poner a grit...! ¿Acaba de mordirme el labio?

Con que esas tenemos, ¿eh?

Vamos a ver, por puntos: te quiero completamente desnuda. Me aparto y protesta; o sea, que está caliente y necesita sexo, pero yo no quiero que sea un “aquí te pillo, aquí te mato”.

—No tan rápido... hay más cosas que quiero que sientas esta noche.

Vamos a ver dónde están tus límites. Le cojo la ropa interior, pellizcando levemente su nívea piel. Un escalofrío, una mirada de deseo, pero ningún mal gesto. Esto promete; siempre he pensado que no hace falta tener un único rol dentro de un encuentro sexual, se puede ser a la vez dominante, sumiso, amoroso, inesperado, calculado y pasional, mezclar un poquito de dolor y de morbo si la otra persona se pone cachonda con ello. La tumbo y comienzo a besarla bajando por su cuerpo. Recuerdo dónde estaba el límite de mi contacto y comienzo a ascender, dispuesto a comerle todo el... ¿qué pasa?

Un gesto me previene escasos dos segundos antes de que hunda la lengua entre sus pliegues. Reclama mi atención y niega rápidamente, bastante agobiada.

—Prefiero que me beses en el cuello o en la boca antes que...

—¿No te sientes cómoda con el sexo oral?

—Para nada, la verdad.

—Eso es que nunca te lo han hecho bien.

Se echa a reír y dudo. Hace dos semanas era virgen, no creo que nadie se haya metido entre sus piernas y se haya conformado con darle placer sin querer llegar a nada más. En el fondo me da pena, ojalá hubiera podido disfrutar de todo esto para que ahora, entre nosotros, no hubiera sesiones de práctica, para poder amarnos y satisfacernos sin vergüenza ni límite. El calentón que llevaba desaparece en parte, lo justo para dejar de lado al placer como objetivo primordial; necesito asegurarme de que está cómoda y tranquila.

Julia se derrite cuando le beso el cuello. Cada vez que le doy un pequeño mordisco experimenta un escalofrío. Está pegada al colchón, casi sin moverse y con los ojos cerrados, así que la guío: me llevo sus manos al cuello antes de masturbarla. Conforme se va relajando su expresión cambia, está disfrutando, con la respiración alterada, me despeina, me acaricia... y yo gozo con ella. Cuando se corre me clava los dedos en la espalda y el escozor hace que termine de empalmarme; pierdo el norte cuando grita mi nombre contra mi boca.

Voy a guardar este jodido recuerdo toda mi vida.

Me acerco a su oreja, pero olvido de repente qué iba a hacer, así que tiro de sinceridad sexual:

—Y todavía nos queda toda la noche. —Suelta un suspiro de placer, casi un gemido, y noto que la sangre me hierva. Julia me suelta el cuello y se dirige a mi pantalón, intentando bajármelo deprisa y corriendo, así que vuelvo a acercarme a su boca, clavando mi excitación contra la suya—. Eres una impaciente... yo quería darte más placer, pero veo que quieres saltarte toda la comida e ir directamente al postre.

—Oh, Matt.

Me río y ella me sigue hasta que volvemos a besarnos. Tengo que separarme de Julia antes de sacármela y clavársela directamente, sin terminar de desnudarme siquiera. Algún día lo haré, pero no hoy. Cojo aire con disimulo, me levanto y me quito la ropa. Nos comemos con los ojos antes de

que vuelva a la cama y me tumbe sobre ella. Mi piel y la suya intercambian pasión y sudor a partes iguales cuando recorro su cuerpo con el dorso de la mano. Sus pezones erectos me rozan el pecho antes de quedar aplastados cuando le beso el cuello. Julia gime, gime, gime y yo estoy a punto de decirle que... no, o nos cortará el rollo. Pero, ¿y si se lo digo ahora y reacciona bien? Todo el cuerpo de Julia cambia, pasa de la relajación y el morbo a algo que no sé clasificar. Le doy un besito de esquimal, preocupado por si ha sido capaz de leerme la mente.

—¿Ocurre algo?

—Que quiero que me abrases y sigas besándome, porque no querría estar en otro sitio ahora mismo ni aunque mi vida dependiera de ello.

Eso está hecho, amor. Compartimos un beso muy tierno, uno que me ruboriza como un adolescente. Es como si, de repente, el joven al que enterré cuando Pauline vino al mundo volviera a resurgir, disfrutando de la ternura, la anticipación y el morbo.

Julia abre las piernas y me coloco entre ellas.

—¿Sería mucho pedir que te hubieras acordado tú de comprar preservativos?

De acuerdo, decisión tomada, cierro la boca hasta tener un momento de tranquilidad en el que no estemos a punto de tener sexo.

—Uno de los dos tenía que ser el maduro y responsable en esta relación, ¿no? —Se ríe; música para mis oídos. Me besa; miel para mis labios. Bebo de su amor hasta saciarme, imprimiendo en el contacto todo el cariño que soy capaz de sentir, que no es poco. Saco los condones de la mesilla de noche y lo dejo en la almohada—. Ten, saca uno, ahora mismo tengo las manos ocupadas.

Le acaricio los muslos, acomodándome al separarlos más. Le beso el cuello con los ojos cerrados, alternando mis caricias entre sus tetas y su sexo. Por Dios, Julia, date prisa, no sigas acariciándome, no me despeines, bueno, si quieres seguir haciéndolo... La observo de refilón: ha dejado la caja medio abierta al lado, arqueándose de placer. Cojo dos condones unidos, me peleo con ellos en silencio hasta separarlos, abro al elegido, me lo pongo, tiro todo a tomar por el culo y me zambullo de nuevo entre sus brazos, buscando su entrada, besando, acaric...

¡LA MADRE QUE ME PARIÓ! NO-PUEDE-SER. No puede ser que haya sonado el timbre. Se me empieza a bajar en el acto, como si me hubieran pasado por delante la foto de Jonathan en bolas o algo así.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te paras?

—*Shhh...* escucha.

Vuelve a sonar e intercambiamos una mirada ígnea, frustrada y estupefacta; bueno, la mirada de Julia es simplemente confusa, pero estoy seguro de que la mía la compensa.

—¿Esperas a alguien?

—Como no sea Tamy... Pero tendría que ser muy grave para que viniera a estas horas de la noche y sin llamar previamente.

Le doy un beso rápido y me levanto para arreglarme un poco. Jonathan no es muy de aparecer de repente... pero en cuanto se me ocurre que, quizás, Luca haya tenido algún problema con una de sus citas, siento la necesidad de echarme a correr. Le acerco a Julia su ropa interior, le doy un beso en la frente y busco con la mirada mi camiseta. Pero, ¿a dónde diablos la he tirado? Bueno, al menos estos segundos me vienen bien, así no tengo que recibir a quien sea con la tienda de campaña montada.

Un nuevo timbrazo. Me da tiempo de ver cómo Julia se viste rápidamente, antes de salir a paso ligero de la habitación.

—¡Espera! —Su llamada de atención me eriza los pelos de la nuca justo en el momento en el que termino de darle vueltas a las llaves. La miro y alzo las cejas—. ¿No será algún fan desquiciado?

¡Venga ya! Bufo para hacerle saber lo ridícula que me parece esa opción.

—Ni que fuera Brad Pitt...

—De verdad, no tienes ni idea de la cantidad de gente que te admira en plan loco alrededor de todo el mundo.

Me acuerdo de la *family*, de algunas de las burradas que he leído, y decido que no me hará daño asegurarme. Aparto la pestaña de la mirilla y me da un puto infarto. En un primer momento me parece ver a Grethe al otro lado de la puerta, pero me basta un parpadeo para saber que es Pauline.

Mi pequeña está en casa.

La alegría que experimento en una décima de segundo se autodestruye antes de poder procesarla.

—¿¡Pero qué diablos...!?

Abro inmediatamente. Pauline me mira, sonrío y llora. Se lanza a mis brazos y no puedo hacer otra cosa que no sea reír y acunarla.

—Papá, papá, papá... ¡te he echado de menos!

—Pauline, mi vida, ¿qué haces aquí? ¿Y tus hermanos? ¿Y tu madre?

—En Bremen... yo... tenía que venir, papá, tenía que verte. Quiero estar

contigo, ahora y para siempre, y si para conseguirlo tengo que mentir a mamá, ¡¡lo haré!!

—Pero Pauline, ¿qué has hecho?

La abrazo todavía con más fuerza. Yo también quiero que estéis conmigo, pequeña.

—Le he dicho que estoy de viaje de estudios en Basilea, Suiza.

—Pauline...

Ay Dios, la que se me viene encima... Pero ahora mismo me da igual. Tengo a dos de las mujeres que más quiero bajo el mismo techo. El pensamiento me hace abrir los ojos. ¡¡Tengo a dos de las mujeres que más quiero bajo el mismo techo!!

Me separo de Pauline y miro a Julia, entusiasmado pero cauto. Mantiene una expresión que no me es desconocida; sorprendida y confusa, pero no veo que sea malo. Mi pequeña se envara entre mis brazos y trago saliva.

—¿Quién es?

—Pauline, es Julia, mi novia.

—Papá... ¿qué?

Carraspeo. Acabo de darme cuenta de que hemos estado hablando en alemán todo el rato y que Julia debe de estar, como mínimo, mosqueada.

—Espera...

Voy hasta Julia deseando que no le dé un chungazo, queriendo dejar las cosas claras desde un primer momento; le doy la mano y voy hasta Pauline, que empieza a poner cara de Grethe. Ay Señor... Señalo a uno de los soles que dan luz a mi existencia y repito el gesto hacia Julia para presentarlas mutuamente.

—Es mi hija Pauline; Pau, ella es Julia, mi novia.

Julia da un respingo medio silencioso. Doy la luz y aguanto el escaneo, aunque sé que a Pauline no le está haciendo ninguna gracia. No puedo resumirle en un segundo que Julia no la está juzgando, solo analizando, catalogando y decidiendo si es o no una amenaza.

—Tiene que ser una broma...

Mierda. Dentro de la clasificación “cosas que más me joden”, versión Pauline, están los perros grandes, las cucarachas... y pensar que la están juzgando sin conocerla. Si a eso le sumamos que quien parece hacerlo es mi novia sorpresa...

Julia se envara. El ambiente en el pasillo es hostil, los complejos que tienen las dos (una por adolescente, la otra por pasado y personalidad) están

chocando justo enfrente de mis narices: Pauline ha actuado a la defensiva malinterpretando a Julia, y estoy seguro de que ella cree que Pauline la está rechazando abiertamente. Sé que he acertado cuando Julia se tapa, intentando pasar desapercibida.

Intentando ser invisible.

—Sí, eso estaba pensando yo también.

De acuerdo, si dejo entrever que me estoy cabreando puede que dejen de lado lo que piensan y me den la oportunidad de presentarlas como es debido.

—¿No eres muy joven para ser la novia de mi padre? —«Jensen, de psicología no tienes puta idea, te das cuenta, ¿no?». Julia se limita a mirarla, sin saber reaccionar—. ¿Qué pasa, no había más hombres en Canadá?

—Pauline.

Mi tono es lo más cortante posible dadas las circunstancias, pero cuando a mi pequeña le indigna algo, lo lleva hasta las últimas consecuencias.

—Esto es increíble... llego y me entero de que mi padre vive con una... una...

—Cierra la boca, Pauline.

¿Por favor?

—No, déjala. Con una... ¿qué exactamente?

Ay...

—Con una cría.

Lo que acaba de soltar mi hija. Miro a Julia; se ha indignado lo suficiente como para sacar “la vena” española que me dijo que tenía.

—Mira bonita, aquí la única cría que hay eres tú. ¿Quién te has creído que eres?

—Parad ya LAS DOS. —Las miro, ordeno detener las hostilidades hasta nuevo aviso, cojo aire para tranquilizarme y entreveo la maleta de Pauline. Salgo a por ella; cuando vuelvo, Julia tiene los labios entreabiertos y Pauline se dedica a agachar la cabeza y jugar con sus dedos—. Su madre cree que está de viaje de estudios en Suiza; dice que no quiere quedarse con ella, que lo que quiere es estar conmigo, cosa que de momento es imposible sin permiso de Grethe, que no creo que se tome muy bien esto... Es capaz de presentarse aquí y denunciarme, ¿lo sabías, Pauline?

La expresión de mi pequeña me duele, pero acabo de decirle algo que sé que es cierto. Grethe me la va a liar de una manera espectacular.

—¿Quieres un vaso de leche caliente?

Nos giramos automáticamente hacia Julia, que ya no la observa con

hosquedad; vuelve a ser cariñosa, tierna, la inocencia personificada... y a mí se me hincha el pecho de orgullo. Pauline asiente despacio y Julia entra en la cocina. Me acomodo el brazo de mi pequeña bajo el mío, agarro la maleta y la guío hasta un cuarto que por fin conoce a su dueña. Pauline mira en todas direcciones y sé que le encanta, aunque la expresión le cambia radicalmente en cuanto me mira. Se cruza de brazos y frunce el ceño. De acuerdo, eso lo ha heredado de mí.

—Papá, ¿por qué no nos habías dicho antes que tenías novia?

Su tono de reproche me desarma por completo.

—Pauline, llevamos poco tiempo...

—¡Pero vive contigo! —De repente se ruboriza—. ¿O no?

Me llevo una mano a la cabeza. ¿En serio estoy hablando de esto con mi hija adolescente?

—Pauline, hay unas cuantas cosas que debo explicarte, pero tendrá que ser dentro de un rato. Acomódate, deshaz la maleta. ¿Cuándo vuelves? ¿Tienes ropa suficiente? Puedo comprarte lo que quieras aquí.

Mi hija acepta hablar más adelante con un suspiro, un cabezazo seco y enfurruñado. Saca los billetes de la mochila y me los enseña.

—Vuelvo en ocho días. —Su mirada cambia, se vuelve suspicaz—. ¿Lo que yo quiera?

Vuelvo a abrazarla y sonrío.

—Mira, pequeña chantajista, que tu padre oculte a su novia como si fuera un quinceañero no significa que puedas hacer lo que te dé la gana. Y recorrer medio mundo sola... en fin, luego hablaremos tú y yo.

Me mira con cara de “solo quería verte, no me castigues”, sacando incluso el labio inferior. Arg, sabe demasiado bien cómo salirse con la suya estando conmigo.

—Pero hablar, ¿eh? No echar broncas, que siempre dices que no te mola reñirme...

Entrecierro los ojos. Será...

—No, no me gusta, pero si te lo mereces...

—Jo papi...

Tengo que salir del cuarto o terminaré comprándole un *pony*. En cuanto llego a la cocina no puedo evitar la tentación de agacharme, abrazar a Julia y darle un beso en el cuello.

—La he dejado en su habitación para que se acomode; en los billetes pone que la vuelta está programada para dentro de ocho días.

—Si quieres puedo quedarme en casa de Tam...

¿Qué?

—Ni hablar. —Tiene una oreja disponible, así que se la muerdo—. Esta es tu casa ahora. Y no creas que me olvido de lo que teníamos pendiente. — Me puede el morbo con esta mujer, me vuelve loco. Solo así puedo explicar que le meta mano descaradamente. Le doy un repaso a su clítoris y me retiro tan rápido como he llegado, dándole otro beso en el cuello. Ahora que sé que Julia está bien dentro de lo que cabe, me doy cuenta de que ni siquiera le he dicho a Pauline qué hay en el piso... bueno, me doy cuenta de eso y de que llevo un calentón interesante encima—. Voy a hablar con Pauline un momento, al baño y a llamar a mi exmujer para contarle todo; cuanto antes aclaremos este asunto antes podremos irnos a la cama.

—Eso promete.

Se gira... y me doy cuenta de que el cuerpo actúa por voluntad propia; solo así puedo explicar que Julia termine abierta de piernas contra la nevera, devorándome la boca con ansia.

No, para, para, tu hija está al lado.

En cuestión de segundos estoy en la habitación de Pauline, que recibe un breve resumen de las zonas del piso. Apenas un minuto después me tapo la cara con las manos al cerrar la puerta del baño, sintiéndome como un miserable porque estoy ardiendo de cintura para abajo. Necesito el cerebro, y no es lo que estoy usando para pensar en estos momentos.

Rápido pero efectivo. Me basta con quitarme el pantalón y los calzoncillos (mejor que me los cambie por otros limpios) y darme un par de pases fríos con la ducha. Me seco las manos, me visto y, como diría Éna... *voilà!* Ya vuelvo a ser persona.

Tardo poco en volver al salón y llamar por teléfono a Grethe. Antes de marcar el último dígito ya sé lo que voy a decir: Pauline acaba de aparecer en mi casa sin yo saber nada, pero ya que está aquí se va a quedar. Y ay de ti si al volver la castigas de alguna manera, porque de eso ya me voy a encargar yo esta semana.

Buen plan, Jensen.

—No le digas que está aquí.

Miro a Julia, perplejo. Su cara de urgencia consigue que mi plan se vaya a la mierda.

—*Peilmann.*

La expresión de Julia cambia, pasa de la determinación a la furia. Joder,

vale, estoy hablando con mi ex, pero cuando se lo he dicho en la cocina no ha reaccionado mal. ¿Qué pasa? Julia vuelve a hablar, esta vez despacio y con firmeza:

—No le digas nada.

—¿Hola?

—Hola Grethe, soy yo.

—¡Jensen! ¿Qué quieres a estas horas?

—Pre... preguntarte por los niños. ¿Cómo están?

—*Bien, como siempre. Mi hija está de viaje de estudios en Suiza.*

Me hierve la sangre, pero lo dejo pasar con un suspiro.

—¿Se ha llevado la cámara de fotos? Así podrá enviarme alguna cuando regrese.

—*No sabía que te interesara tener fotos de Pauline, Jensen, pero bueno, si me apetece se lo diré.*

Tranquilo, coge aire y retenlo unos segundos...

—¿Till y Hugo?

—*Los gemelos están haciéndose el almuerzo antes de irse al colegio.*

—He pensado en lo que me dijiste. Si vienen aquí en cuanto terminen las clases, cederé en cuanto a subir la pensión.

No lo puedo evitar, siempre que menciono la posibilidad de que vengan a Toronto la ilusión me aflora en la voz. Sin embargo, la sensación de bienestar se extingue cuando, pasados unos segundos de silencio, la voz de Grethe se acera.

—*No vas a arrebatarme a mis hijos en Navidad, Jensen. ¿Qué pasa? ¿Acaso tu putita te abandona esos días y te sientes solito? ¡Qué pena me das!*

Sé que Julia no nos entiende, creo que ni es capaz de oír la respuesta, pero de alguna manera sabe que necesito tenerla cerca. Me abraza, me anima, me impulsa a no darle mayor importancia al comportamiento de Grethe.

—Ponme a los chicos, por favor.

—*No tardes mucho, tienen que ir a clase.*

Guardo silencio cuando escucho cómo se separa del teléfono, les llama y cuatro pies se precipitan hacia el aparato. Me los imagino forcejeando y no puedo evitar sonreír.

—¡Till, Hugo!

—*¡Papá! Ey, no, Till, para...*

—*Hugo, ¡quita! ¡¡Papá!! ¡Pauline se ha ido de viaje! Nosotros también queríamos ir, pero mamá...*

—Ya lo sé, chicos, y estoy seguro de que os lo hubierais pasado genial con vuestra hermana, pero tendréis que esperar un poco más para viajar en avión como ella... —Me limito a sondear si saben o no dónde está Pauline. No percibo nada extraño, así que me imagino que su hermana no les ha dicho nada. Una nueva disputa por el teléfono me hace fruncir el ceño—. Quietos, chicos, o estaréis más tiempo discutiendo por el aparato que hablando.

—*¡Till, haz caso!! Papá, te echamos de menos; estamos contando los días para que vengas otra vez. Porque volverás pronto, ¿verdad?*

—*Hugo, ¡no seas pesaaaaaaaaaaaaaaaaadooooo! Papá está trabajando. Eh, oye, papá, ¿han pasado cosas chulas en la serie?*

Algo me aprieta el pecho más allá de la congoja que siento por escucharlos tan lejos: Julia reitera su abrazo, besándome con ternura por encima de la camiseta.

—La verdad es que hay muchas novedades, pequeños...

—*¡De pequeños nada! Suéltalo, papá.*

—Esperad a estar fuera de casa para comentarlo entre vosotros, ¿prometido?

—*¡Claro!*

Till le pasa el teléfono a Hugo, que acepta la condición de inmediato.

—Bueno, pues no hace mucho, estaba grabando y... la verdad es que es una historia divertida... en fin, que tengo novia, chicos. Vuestra hermana ya lo sabe, así que me parece injusto no contároslo también. Ojalá pudiera hacerlo en persona.

—*¿¡QUÉ!?! Pero papá, ¿de verdad quieres ten...?*

—*¡Me habéis prometido comentarlo luego!*

—*Pero, pero, pero...*

—*¡¡NIÑOS, COLGAD YA!!*

—*¡Jo, papá, tenemos que irnos...*

—Tranquilos, antes de que os vayáis a dormir me las arreglaré para hablar con vosotros y contaros todo, ¿de acuerdo?

—*No te olvides de nosotros, ¿eh? ¡Estaremos esperando!*

—Nunca podría olvidarme de vosotros, Till.

—*Te queremos, papá.*

—Yo también os quiero, Hugo, más de lo que podéis imaginar. Adiós...

Me quedo mirando el trozo de plástico con forma de teléfono durante varios segundos. Julia me mira y se lanza a hablar.

—¿Qué le has dicho?

—Le he preguntado por los niños, me ha contado que Pauline está de viaje de estudios en Suiza y le he pedido que, cuando regrese, me envíe fotos.

—¿Solo eso?

Respiro hondo e intento suavizar la respuesta de Grethe para que Julia no crea que hablo desde el rencor, o que me lo invento para hacerme el bueno.

—No, le he preguntado cuándo podrían venir y me ha dicho, para variar, que tiene miedo de meter a *sus hijos* en un avión rumbo a la otra punta del mundo solo porque yo haya decidido irme de Bremen. Y también he... he hablado con los gemelos. —Dios, necesito fumar, y le he prometido a Julia que intentaría dejarlo definitivamente. Tengo que pensar en otra cosa—. ¿Me puedes decir ya por qué le he mentado?

—Porque estabas deseando estar con tu hija y si hubieras confesado, Pauline habría tenido que volver.

El rostro se le ilumina con una sonrisa al intercambiar una mirada. Al momento siguiente se acerca a mí, consigue que me agache y me da un beso en la frente antes de girarse.

Sí, claro, como que te vas a ir.

Consigo que se dé la vuelta al cogerle la mano. Me recreo en su boca antes de acunarla contra mí, sonriendo.

—Vamos a darle las buenas noches a Pauline y vayámonos a dormir.

—*Mmm...* estoy de acuerdo en parte con esa afirmación.

Enredo mis dedos entre los suyos antes de empezar a andar hacia la habitación de Pauline, que nos deja paso de inmediato.

—He subido unas cuantas fotos de Internet a mi página de Facebook y he puesto que Basilea es genial.

Vaya, ¿soy yo o ya no está de tan mala leche?

—¿Cuántas personas saben que estás aquí?

—Nadie; mis compañeros de clase saben que no he ido a Suiza, pero no los tengo en Facebook ni hablan con mamá; además, seguramente piensan que estoy en casa... hasta ahora mamá no me había dejado ir a ningún viaje, así que no les ha parecido raro que tampoco fuera a este.

Chica lista.

Pasamos los minutos hablando del puñetero Facebook; cuando caigo en la cuenta de que va a servir para comunicarme con Pauline sin tener que pasar por el filtro de Grethe, el unicornio que habita en mí se encabrita y vomita arcoíris. Oh, y también consigo que Pau y Julia se agreguen haciéndome un poco el tonto; quizás así vean todo lo que tienen en común.

Medio segundo después de que Julia salga a buscar su portátil, Pauline me mira inquisitoriamente.

—¿Cuánto hace que estáis juntos?

—Unas semanas.

—Papá, ¿no crees que estás yendo muy rápido?

—Mira, Pauline, no me apetece en absoluto tener que justificar mis decisiones. Julia y yo estamos juntos, nos queremos y nos respetamos. Creo que con eso debería bastarte, ¿no crees?

—¡Pero es que es muy rara!

Frunzo el ceño.

—No vayas por ahí. No quiero que mi hija, a la que considero una muchacha inteligente y de buen corazón, haga que mi pareja, una persona que tiene una forma de ser que no puede cambiar, se sienta mal consigo misma. Julia es como es, Pauline, y para mí es perfecta... ¿o es que ese es el problema?

—¡No, papá, yo me alegro! Pero... no me da buen rollo. Eres mi padre, eres famoso, simplemente tengo dudas.

Julia regresa y se queda en la puerta, sin saber muy bien qué hacer. Le hago un sitio en la cama; aprovecho para dejarle claro a Pauline que estamos juntos, pero la jugada me sale mal: Julia está incómoda, intenta apartarse. Empiezo a sentirme culpable, pero... la necesito cerca, necesito que Pauline vea la conexión que tenemos. Ni siquiera presto verdadera atención cuando explica que un montón de personas la han agregado al Facebook. Intento reconocer sin mucho interés a los fans y llego a poner cara a alguno, pero... demasiados rostros al día como para recordarlos todos.

Sí reacciono conscientemente con tres momentos mientras intento retener la configuración de la página: el primero, cuando Pauline reconoce que estamos juntos (es un paso en la buena dirección); el segundo, cuando mi pequeña me dice que sus hermanos también tienen cuenta; el tercero me duele un poco más.

—Nada.

—¿¡Nada!?

—Matt, tengo a mi familia en Facebook. No me apetece que cotilleen al respecto. Y menos si no les he dicho nada a mis padres... —Me quedo en blanco, un tanto decepcionado, pero se me pasa en parte cuando se lanza a besarme—. Si piensas que estoy intentando de alguna manera ocultarlo porque me avergüenzo, estás totalmente equivocado. —Cruzamos una mirada

—. Esto tiene que ver más conmigo y mi propia privacidad, aunque no te lo creas; además, tú tampoco habías encontrado la manera de decírselo a los hijos, ¿verdad? —Cazado—. Mira, ¿sabes qué?

Se vuelve hacia el portátil. Espero en silencio hasta que Pauline se vuelve lo justo para mirarme de una manera un tanto extraña, un “cada vez me parece más rara” mezclado con un poco de pena. Eso me enerva; me acuerdo de mi madre, de Karen. Los únicos que me han apoyado abiertamente son Jonathan, Emma y Luca... Supongo que porque saben lo mal que me he sentido estando solo. Me sonrío durante un instante al recordar todo lo que Luca está haciendo a escondidas.

Julia termina de escribir y, con cierto grado de indignación, me pasa el portátil. En un primer momento no sé qué estoy leyendo, pero saltando unas cuantas líneas encuentro una parte del texto en inglés, entendiendo que es la traducción de lo que ha puesto en español. Me avergüenzo de haberme dejado influenciar por opiniones ajenas, frases que me han hecho pensar que lo que siento no merecía la pena, o que debería tirar la toalla antes de complicarme la existencia. Este puñado de letras refuerza mi determinación de querer a capa y espada a Julia. Me lanzo a por sus labios para demostrarle que la quiero de igual manera; que sí (¡joder!), que vamos a estar juntos porque nos queremos, nos necesitamos y nos completamos. La oigo protestar aferrada al portátil, así que termino por separarme y decirle en español lo que siento:

—Te quiero, Julia.

Contemplo embobado cómo se ríe, cómo se ruboriza. Me besa y vuelve al trabajo. Pauline se vuelve otra vez y alzo una ceja. Estoy pletórico, orgulloso, y me limito a señalar su ordenador con la barbilla.

A través de la pantalla de Pauline veo los párrafos de Julia y las fotos que nos hemos hecho esta tarde. Mi pequeña se gira otra vez para sonreírme y secarse una pequeña lágrima. Julia está demasiado absorbida por Facebook como para darse cuenta, pero Pauline alarga su mano, me acaricia la barbilla y, en un momento dado, me giro para besársela... aunque al final le doy un mordisco que le hace dar un respingo y reír.

Al prestarle atención a la página de Julia compruebo que observa a los gemelos con expresión risueña... que muta a cansada después de bostezar. Me mira, somnolienta.

—Matt, mañana tengo clase, debo ir a dormir ya. —Al levantarse se acerca a mi pequeña y le acaricia el hombro—. Pasa buena noche.

¿Ves, Pauline? Solo necesita tiempo para abrirse. Pienso en las

alternativas que tengo de cara a mañana, y esbozo una sonrisa decidida.

—Mañana la llevaré conmigo al estudio de grabación, seguro que allí puede entretenerse.

Es automático: en cuanto mi hija procesa la información, se lanza a por mí. Suelto un suspiro entre amoroso y resignado; acabo de darme cuenta de que no va a haber culminación sexual para un día un tanto extraño. Necesito hablar con Pauline, contestar cualquier pregunta que se le ocurra, y Julia está demasiado cansada como para esperarme despierta.

—Buenas noches.

Julia se va cuando Pauline todavía está abrazándome, sin darse cuenta de que pongo morritos. ¡Eh! ¿Y mi beso de dulces sueños!? Puedo vivir un día más sin sexo, pero... nada, se ha escapado, deslizándose sin hacer ruido camino a nuestra habitación.

Pauline se separa, sentándose a mi lado, mirándome con cierta suspicacia.

—Bueno, papá, tenemos que hablar.

—Dispara.

—¿Cómo os conocisteis?

Se lo explico, enfatizando lo fortuito del asunto y que incluso antes de saber quién era yo, ya había cierta conexión. Enlazo con el hecho de que vivamos juntos a pesar de llevar poco tiempo saliendo: ella necesitaba un piso después de que su compañera se fuera a vivir con su prometido, yo me sentía solo. Supongo que, conforme voy contándole qué ha pasado, no puedo evitar mostrarme ilusionado y feliz, transmitiéndoselo a ella también. Miramos juntos qué significa el término que me dijo Julia, “Asperger”; no sé por qué no me había atrevido a hacerlo hasta ahora, pero la presencia de Pauline ha sido el antídoto contra el inexplicable miedo que sentía. Me alegra comprobar que, aunque veo mucho de Julia en el apartado de cuadro clínico, creo que su caso, su manera de vivirlo, no es tan extremo como podría llegar a ser.

Creo que Pauline está dividida; de acuerdo, puedo llegar a entender que no le ha hecho gracia conocer de repente a Julia, quizás esté preocupada por mí y no termine de aceptar ni cómo es ella ni la relación en sí, pero por otra parte... no puede evitar soltar un “oh, vaya, ¿no la podemos ayudar de alguna manera?”.

Pasado un rato, cuando ya no sé qué más decir, distraigo a Pauline con Facebook solo por quedarme más tiempo con ella, para crearme del todo que está aquí. Al dar las cuatro de la mañana me echo las manos a la cabeza y la mando a dormir, entre protestas que pierden intensidad cuando la arropo.

—Me alegra tenerte en casa, Pau.

—A mí también, papá. Aunque podrías cortarte un poco, que ya no tengo diez años.

Me río. No sé por qué, pero me sale volver a hacerle el *buenas noches* de mi padre: subir el pulgar por la nariz, peinar la ceja izquierda, bajar por la mejilla hasta el mentón. Pauline sonrío; me acuerdo de su cara cuando lo hacía antes de irme a grabar fuera, de sus sonrisas melladas, de sus mejillas sonrosadas. Ha cambiado, pero ahora, en este instante, vuelve a ser la pequeña que tuve que dejar atrás.

No me perdonaré jamás haber perdido tantos *buenas noches*.

Al entrar en nuestro dormitorio intento no hacer ruido. Julia está acostada haciendo la estrella de mar en el centro de la cama y no puedo evitar sonreír. Me meto entre las sábanas apartando con delicadeza su cuerpo para hacerme hueco, rozándole los labios con las yemas de los dedos.

—Buenas noches, mi amor.

Me abrazo a ella acariciándole la nariz. No sé si es un acto consciente o simplemente un reflejo, pero me pone morritos, así que le doy un beso muy tierno antes de caer rendido.



¡¡JODER!!

Me toco la cadera en silencio, mirando a Julia con cierto rencor. Ella duerme apaciblemente, yo me he despertado de la peor manera posible; ya es la tercera vez que me echa de la cama en dos semanas. ¡Pero si mide un metro y medio!

¿Qué hago? Cuando dormía con Grethe cada uno se ponía en un extremo; bueno, dormir... era una especie de sueño ligero en el que me despertaba cada vez que oía un lloro, un ruido, o cuando Grethe se giraba hacia mí. Ahora es distinto, estoy tan bien en la cama que no me doy cuenta de que Julia me hace ceder terreno, hasta que estoy en el suelo.

Me ducho y afeitado pensando en que, quizás, Julia siente la necesidad de abrazarme por las noches; es fácil concluir que, dado que no estoy acostumbrado, huyo de ella hasta terminar por los suelos. Me sonrío apoyando la frente en las baldosas de la ducha: prefiero pensar eso que admitir que, por las noches, Julia saca “la vena”, me infla a empujones y yo me limito a partirme la crisma.

Paso por delante de la habitación de Pauline y decido dejar que duerma un poco más, aunque una vez en la cocina mi corazón vuelve a hacer de las suyas: mi pequeña cotillea su portátil con expresión somnolienta, y cada vez se parece más a su madre. Y no, no es una sensación agradable ni un anhelo amoroso: cuanto más lejos esté de Grethe, mejor.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño. ¿Me ayudas a hacer el desayuno?

—¡Hecho! —Se lanza a por un abrazo que le devuelvo con intensidad, necesitado de su cariño. Pauline suelta un suspiro y se balancea entre mis brazos—. Aunque vas a tener que hacer algo a cambio...

—A ver... Asústame.

—¡Ir a ver el mar antes de pasar por el estudio!

Se separa de mí y puedo apreciar la ilusión que le hace. Sonrío como un imbécil y asiento, no puedo hacer otra cosa. Extiendo la mano con el meñique por delante, como cuando era una cría y hacíamos “súper promesas que había que cumplir”; al principio parece dudar, pero termina por complacerme y sellar el trato.



—... Es tan guapa, y simpática, y cariñosa. De verdad, Matt, me alegra mucho haber podido conocer a tu hija.

—No sabes cuánto me alegro.

La observo con los ojos entornados una vez apaga la lámpara, amándola más a cada segundo que pasa. Julia está mirándome desde su lado de la cama, con las manos apoyadas en las mejillas y la ilusión brillando en las pupilas. Se quita las mini coletas que se ha hecho para impedir que el flequillo se le meta en los ojos y se acomoda a mi lado, abrazándome. Busco entrelazar mis dedos con los suyos y suspiro, terriblemente cansado. No solo hemos estado trabajando a triple rendimiento en el estudio: algunas noches no he podido evitar quedarme despierto hablando con Pauline... y Julia ha consentido que repartiera mi tiempo en su contra sin un mal gesto, sin una queja, con una sonrisa comprensiva y cariñosa extensible a mi hija. Cuando me doy cuenta de lo mucho que he estado pasando de ella, cambio el gesto a uno más serio y Julia se pone en tensión.

—Ey, ¿qué pasa?

—Lo siento, Julia. Estos días he estado más pendiente de Pauline que de

ti, acabo de darme cuenta ahora mismo.

Julia parpadea y hace un gesto de mano, como restándole importancia, pero es un movimiento demasiado corto y seco.

—No necesito tanto contacto continuo como el resto de seres humanos, no te preocupes. Además, Pauline se iba a quedar ocho días, me parecía lógico que estuvieras más con ella.

Quiero decir que sí, es lógico, pero para nada común. Dejo el pensamiento a un lado, gozando de su personalidad y su forma de ver la vida. Me acaricia, permitiendo que disfrute también con su cuerpo.

—Pero el contacto físico tampoco está tan mal, ¿no?

Me llevo su mano a los labios, la beso y suspiro, cerrando los ojos.

—Podrías... ¿podrías desnudarte?

Me espabilo al instante para mirarla. Tamborilea con los dedos sobre su muslo sin mirarme otra vez. Me incorporo, me quito la camiseta, el pantalón y el bóxer. Cuando voy a acariciarle la nariz antes de acercarme para besarla, Julia retrocede y sonrío, un tanto abochornada. Enciende la luz otra vez y me mira a los ojos, inspirando profundamente.

—¿Algo más?

—Quédate así un momento.

Obedezco y espero. No puedo evitar cerrar los ojos cuando Julia se acerca y empieza a acariciarme, como si me descifrara a través de las yemas de sus dedos. Estudia mi cuerpo, lo mima, lo reconoce, lo observa y lo memoriza. Se me escapa un suspiro cuando comienza a masturbarme; tiene la mano humedecida, así que supongo que la ha estado chupando mientras me tocaba con la otra. Sonrío con indulgencia cuando me muerde un pezón y la miro.

—No siento lo mismo que tú. —La distancia entre nosotros aumenta y la veo enrojecer—. ¿Qué quieres saber de mi cuerpo, Julia?

Deja de tocarme, se desnuda y se sienta enfrente, imitando mi postura relajada.

—Dónde sientes más placer. Tú intuyes dónde me puede gustar que me toques, pero yo no tengo ni idea. He estado viendo porno, pero se limitan al sexo oral, vaginal o anal. Oh, y a masajear el escroto. Y a la estimulación prostática vía...

Reprimo un gemido cuando hace el gesto de meterme un dedo por el culo.

—Lo de la estimulación de mi próstata... puedes ponerla en la lista de lo que no me pone nada.

—¿Lo has hecho?

—Cuatro veces, a cada cual peor. No era cuestión de la persona que me lo hacía, simplemente que no me gusta. —Deja la mirada perdida en un punto medio de mi pecho. Como el sexo es cosa de dos y yo quiero disfrutar al máximo cada experiencia (y, de paso, conseguir que ella se corra la mayor cantidad de veces posible), decido sonreír y darle alguna pista—. Julia, ven.

Abro los brazos y se sienta sobre mis muslos, apretando sus pechos contra mi piel. Trago saliva y le doy un beso muy lento, húmedo, intenso. Julia gime y mi cuerpo la imita sin pedir permiso. Llevo sus manos a mi cabeza para que hunda los dedos entre los mechones; una vez lo hace, hago lo propio con los míos. Le enseño movimientos, caricias y presiones por todo el cuerpo como si fuera un espejo, poniéndome cardíaco en pocos minutos. Mi erección le roza el sexo y da un respingo, asustada. Se aparta y abre el cajón de la mesita con mucha rapidez. Esbozo una sonrisa cuando la veo trastear con la caja de condones, que se le cae de puro nervio un par de veces. Comienzo a tocarme para no perder el calentón y espero a que se aclare con la funda que va a ponerme. Cuando por fin se vuelve con un condón preparado entre los dedos, enrojece y hunde los hombros.

—Tendría que haberlo sacado antes. Perdona, Matt.

—¿Me ves cabreado? —Me mira, parpadea y niega—. Eso es porque no pasa nada, Julia.

Se lanza sobre mí y me muerde el labio. Nos hacemos un lío con los dedos por las prisas que tiene de darme el condón; no puedo evitarlo, me carcajeo apoyando mi frente en la suya. Presiono la punta de látex, desenrollo el preservativo y aprieto mi sexo contra el clítoris de Julia, que vuelve a gemir. Mete una mano entre los dos y se recrea en el vello de mi pubis, trazando círculos antes de agarrar mi miembro y ubicarlo en su entrada. Creo que quiere metérselo de un golpe; antes de que se haga daño le sujeto las caderas.

—¿Qué pasa?

—No tengas prisa. Deja que tu cuerpo se acostumbre a mi tamaño; de acuerdo, no tengo un pollón de veinte centímetros, pero no hemos jugado mucho y puedo llegar a herirte.

Me mira. Me mira. Me mira. Pasa los nudillos de la mano derecha por mi pómulo y sonrío, cerrando los ojos, disfrutando.

—¿Cuánto?

—¿Me mide? ¿En serio? —Me carcajeo, encogiéndome de hombros—.

Yo qué sé... creo que ni siquiera tengo una regla en el piso. La verdad es que no es importante una vez sabes cómo utilizarla.

No puedo más, necesito besarla. Una, otra y otra vez. Se me inflaman los labios, me hormiguean los dedos de los pies y el corazón me va a mil. Encajo la punta de mi miembro en su abertura y me introduzco despacio, deslizándome con facilidad gracias a su excitación. Guío a Julia, pausando sus ganas, disfrutando de las exhalaciones que salen de su boca y chocan contra mi piel. Me besa el pecho y se masturba, gimiendo y girando las caderas en busca de mayor profundidad. Consigue que me agache y la bese de nuevo; algún día me pegará un latigazo cervical, pero hasta ese momento me adaptaré a nuestra diferencia de tamaño como sea. Le aprieto el culo, llenándome las manos con su piel.

—Matt, me encanta que me la metas.

Lo dice entre jadeos, con los párpados apretados y ganas de caña. Deslizo una mano hasta sus pechos; me encanta su anatomía, no hay centímetro que quisiera cambiar. Lleno su interior por completo y oh, me vuelvo loco. Dejo que se consuma en un orgasmo muy sonoro y la sujeto, clavándosela hasta el fondo. Sé que sin condón lo apreciaría muchísimo más, pero si el hecho de llevar fundas me lleva a ver cumplidos mis planes...

Julia comienza a moverse otra vez, mirándome a los ojos, y mi idea de hacérselo lento se desbarata. Pero antes de ceder a mis deseos, la beso despacio, acariciándole la nariz.

—Me tienes luchando conmigo mismo; quiero ponerte de rodillas y hacer que grites de placer, pero al mismo tiempo necesito hacerte el amor despacio, porque te quiero y deseo que te sientas amada antes que deseada...

Me silencia con un beso antes de apartarse, meterse entre las sábanas y colocarse bocabajo. Respira con urgencia, la misma que entreveo en su mirada. Le separo un poco las piernas, hago que doble las caderas y busco su entrada. Penetro su sexo varias veces, despacio, hasta entrar en ella con rapidez, logrando que gimamos los dos. Lo repito varias veces, arrancándole algún grito que otro. Sudo a mares, le acaricio la espalda, le doy un par de azotes y disfruto al sentir sus dedos cerca de nuestros sexos mientras se toca. Me apoyo en la pared durante su segundo orgasmo, adquiriendo un equilibrio que me permite ser más certero. Un nuevo grito de placer: no me hace falta más para saber que, una vez nos compenetremos del todo, vamos a disfrutar del sexo a lo grande y que, como siga así, al final le voy a hacer daño. Me contengo, asustado, ¿qué estoy haciendo? Me había propuesto ser delicado,

que Julia lo iba a necesitar, pero después de esta semana de sexo pausado... Antes de que pueda decidir volver al romanticismo, Julia vuelve a gemir y me mira.

—¿Matt?

—¿Sí?

—Quiero más. Dame más.

Su orden me altera las entrañas, me arden. Aprieto los dientes, salgo de ella y vuelvo a entrar. Y esta vez no me detengo.

Julia está gimiendo de manera muy prolongada, entrecortada por cada penetración. Está disfrutando de esto, tocándose, pervirtiéndome. Cierro los ojos, simplemente sigo hasta estallar dentro de la funda con un orgasmo que, para mi sorpresa, me arranca un grito de placer. Julia se corre agarrada a la almohada. Me dejo caer hacia un lado y la atrapo contra mi pecho, como si fuera mi mayor tesoro, secándole el sudor de la nuca con mis jadeos. Comienzo a reír; no sé muy bien por qué, pero no puedo detenerme. Pego los labios contra su pelo, su mejilla, su sien, su boca; Julia me corresponde, me lame, me devora. Me quito el condón, le hago un nudo como puedo y lo tiro a un lado, exhausto.

Antes de que pueda darle las buenas noches compruebo que mi amor ya se ha dormido; arropo su desnudez, me acomodo y me llevo su mano al rostro para alargar sus caricias.

—No quiero vivir sin ti, Julia.

Todavía con la respiración alterada, apago la luz y entrelazo mis dedos con los suyos.



Nunca voy a poder tener una relación normal con mis suegros.

Bueno, vale, quizás con los padres de Olivia Kluge, pero no los cuento; encantadores, sí, pero solo nos vimos un par de veces y yo era un crío de dieciséis años.

Con Vilhem y Roderica lo tenía jodido porque no me soportaban. Sabía que merecía su desprecio, al fin y al cabo, fui uno de los causantes del fracaso laboral y vital de su benjamina (no hay que quitarle su parte de mérito a Grethe, su embarazo fue cosa de dos), así que no hice nada el respecto porque era una forma de... no sé, como si me redimiera con el castigo que suponían sus conversaciones vacías, el hacerme de menos de vez en cuando, obviarme

en sus planes hasta que me volví famoso, momento en el que decidieron que sí merecía la pena tenerme como yerno.

Pero con los padres de Julia me da... ¡rabia! Me he ido a jugar a las cartas con su padre, José Luis, y me parece buena gente, pero no nos entendemos y no puedo llevarme bien con él de la manera en la que a mí me gustaría. Y con Carmen... La mujer es un caso. Con los años mi madre ha ido flexibilizando sus creencias, incluso acepta muchas cosas que la ciencia ha demostrado; también ha ayudado que fuera muy de izquierdas desde siempre. De hecho, hay una parte de su juventud que no nos ha querido contar ni a Karen ni a mí; una que, intuyo, era muy *hippy*. Pero esta mujer es...

Durante la cena de hoy hemos estado escuchando las noticias (las han subtulado en inglés para que pueda enterarme de algo). Casi al final los presentadores nos han relatado cómo ha sido el hallazgo y clasificación de los fósiles de una nueva especie, algo que ha indignado a mi suegra, por increíble que parezca. Creo que Julia no lo ha traducido todo (lo pienso por tiempos, porque su madre ha estado hablando más de cinco minutos y Julia ha dicho un par de frases entre dientes), pero me ha quedado claro lo que Carmen piensa: nos están engañando a todos; los huesos se deshacen y vuelven al polvo, así que la noticia forma parte de un plan a nivel planetario para tirar por tierra todo lo que el Altísimo ha hecho por nosotros.

Me apoyo la frente en los dedos, miro a mi izquierda y suspiro: Carmen se ha sentado a mi lado, justo en el centro del sofá, entre su hija y yo. Si ya de por sí la situación me parece ridícula y rancia, el hecho de que Julia tenga que levantar la voz por encima del volumen de la televisión para traducir me da dolor de cabeza; si estuviera a mi lado solo tendría que acercarse y susurrar.

Vuelvo a resoplar. Carmen me observa con cierta malicia y me dan ganas de decirle auténticos despropósitos (¿qué haría si le dejo caer que a Julia le encanta que le muerda la nuca mientras tenemos sexo?), pero me contengo sonriendo y levantándome, soltando lo poco que sé en español.

—Buenas noches.

José Luis me habla y, casi por inercia, miro a Julia.

—Mi padre quiere saber por qué te vas tan pronto, que si quieres que ponga otra cosa.

Me acerco a su padre con una sonrisa y le aprieto el hombro.

—Dile que agradezco el ofrecimiento, pero estoy cansado y no estoy acostumbrado a ir a dormir tan tarde. —Un par de diálogos que no entiendo; hasta su madre interviene. Julia se pinza la nariz y eleva el tono de su voz,

mirando directamente a Carmen. Se le están humedeciendo los ojos—. ¿Pasa algo?

—Mi madre quiere saber si siempre nos vamos los dos a la cama, o si yo me quedo viendo la televisión hasta que te duermes.

Inspiro profundamente. Pero, ¿para qué lo quieres saber, suegra? ¿Para mirarnos mal a los dos? ¡Qué forma de crear mal rollo donde no lo hay! Inspiro hondo; le contestaría que nos vamos los dos, sí, pero no precisamente a dormir... Sin embargo, prefiero sonreír.

—Cuando Julia quiere ver la televisión, me quedo con ella en el sofá. Suelo quedarme dormido. —Espero a que ella traduzca y, sin previo aviso, la cojo en brazos (Julia suelta un gemido de sorpresa), me siento en el sofá, la acomodo sobre mí y la abrazo—. Así.

No abandono mi mueca de alegría hasta que termino de taparnos con una manta. Julia se revuelve un poco y mira a su madre, que pone cara de desagrado y aparta la vista; mi amor suspira y se apoya en mi pecho, cerrando los ojos. Una sonrisa le ilumina el rostro y no puedo hacer otra cosa que no sea relajar los hombros y disfrutar del momento.

Su padre dice algo, Julia se ríe, él también, su madre se aparta de nosotros y yo no sé a qué prestar atención.

—Mi padre dice que estamos hechos el uno para el otro, al menos para compartir sitio.

Miro a José Luis con infinito cariño y agradecimiento. Cierro los ojos, acomodándome; la mano de Julia me roza el pecho antes de colocar su oreja sobre mi corazón. Me encantaría darle un beso en la cabeza, susurrarle cuánto la quiero en este instante, confesarle todo lo que llevo preparando estos meses, y todo lo que me queda por organizar. Llévame conmigo arriba y hacerle el amor despacio, perderme entre caricias mirándola a los ojos.

Carmen corta de raíz todo lo que estaba pensando al soltar una frase entre dientes, algo por lo que Julia da un respingo. En la televisión, un matrimonio se besa hasta caer en la cama, compartiendo un momento de dulzura que queda en negro, dando a entender que van a pasar muy buen rato.

Otra de las cosas que he aprendido sobre mi suegra: no le gustan las películas románticas porque considera que todo lo que se ve incita al pecado original. No puedo evitar reírme al recordar cómo una escena cutre me llevó a masturbar a Julia... ¡A ver si al final mi suegra va a tener razón!

Julia me da un pellizco nada sugerente, mirándome con los ojos entrecerrados.

—*¡Auch!* ¿A qué ha venido eso?

—Mi madre piensa que te estás riendo de ella.

Enfoco la vista en su dirección y compruebo que se ha cabreado. Carraspeo y miro a Julia con seriedad.

—¿Sabes de qué me acabo de acordar? De cuando nos metimos mano después de ver una escena más subidita de tono que esta. Y, ya que tus padres no me entienden, puedo decir en alto que me encantó que me hicieras una paja después de correrte, y que estoy deseando abrirte de piernas otra vez.

Julia se ruboriza, farfulla y yo me vuelvo a reír por lo ridículo del momento.

No vuelvo a hablar hasta que termina la película. Estaba realmente cansado, pero ha merecido la pena quedarse. Mi amor se ha dormido hace poco y quiero que siga así hasta mañana; pillo desprevenida a mi suegra y le doy un beso de buenas noches, le guiño un ojo a José Luis y me levanto con Julia en brazos. ¡Cómo no! Su madre viene detrás. Pero bueno, ni Rafinha marca así en el Bayern.

Estoy empezando a perder la paciencia. Le doy un beso a Julia que me sabe a muy poco y me voy a mi habitación sintiéndome muy observado. Repaso la biblioteca del cuarto, pero apenas tiene un par de títulos en inglés (los últimos de Harry Potter, uno de Thomas Harris y *Carrie*, de Stephen King). Tumbado y a oscuras pienso en el por qué de Carmen, en las razones que puede tener para comportarse así. La conclusión a la que llego me hace experimentar mucho frío en el pecho: ¿y si es algo parecido a celos? Ya sé que Julia no demuestra su cariño con facilidad; le gusta el morbo, el sexo, disfruta con ello, pero el resto del tiempo no estamos pegados como lapas. Como estoy acostumbrado porque tampoco lo hacía con Grethe, esa distancia no me afecta. Pero me pongo en la piel de su madre y me da la impresión de que no le sienta bien que una persona a la que quiere no le toque, y sin embargo a otros sí. Me pongo de medio lado y no puedo evitar ser una extensión de Carmen: me da pánico que Pauline tenga novio por si le pasara lo que a mí, pero realmente lo que siento es rabia, frustración, por no poder estar con mi niña y saber que, no dentro de mucho, alguien más reclamará su tiempo y su amor. Y yo estaré tan lejos que...

Duérmete, Jensen. Duerme, aparta esos pensamientos de ti y piensa que, no dentro de mucho, volverás a tu casa, a la casa que también es de Julia, y podrás besarla, amarla y disfrutar con ella sin sentir una presencia negativa a tu alrededor.

Enero



Hogar, dulce hogar.

Me tumbo en el sofá, cansado pero sonriente; seguir las pautas que Julia se ha preparado de cara a volver a casa ha sido lo más relajante que he podido sentir en días. Deshacer maletas, abrir las ventanas, poner una lavadora, revisar la nevera, ducharnos juntos, amarnos mirándonos a los ojos, con su mano entre los mechones que me recubren la nuca y la mía entre sus piernas... no voy a mentir, me encanta estar en su lista de prioridades. Me hace sentir increíblemente bien.

La veo aparecer vestida otra vez de calle. Antes de que pueda preguntarle, se acerca a mí y me besa.

—Voy a comprar.

—¿Quieres que vaya contigo?

—*Noooooooope*. Quiero que sea rápido, eficaz y con banda sonora Disney.

Me besa otra vez, me abraza, suspira en mi cuello. Antes de que pueda encontrar una frase que la convenza para quedarse y apretarla contra mi pecho otra media hora, Julia se levanta; se asegura de tener todo lo necesario en los bolsillos, revisa su cartera, sus cordones, su MP3 y se pone el chaquetón.

El cansancio comienza a hacer mella y decido echar una cabezadita. Tengo antojo de cerveza para acompañar la cena, y eso consigue hacerme recordar que no queda ninguna.

—Julia, cariño, ¿qué vas a comprar?

—Cena, desayuno y lo más importante... ¡una tableta de chocolate!

Me sonrío con amplitud, aunque no tan genuinamente como antes. Reconozco esa expresión: empieza a desconectar socialmente, entrando en un estado en el que sigue siendo Julia, pero en el que ya no necesita aparentar ser normal. Está entrando en su burbuja, una en la que gestos como sonreír ya no son necesarios. Antes de que apague sus habilidades sociales y empiece la banda sonora de *El rey león*, le pongo ojitos.

—Si hay Schwarzbier, pilla dos.

Parpadea y termina por asentir. El chasquido de la puerta consigue que cierre los ojos y suspire. Pierdo la noción del tiempo entre retazos de recuerdos llenos de besos, de risas con Pauline, de abrazos con mi madre y con Karen. Del apretón de manos de José Luis al conocernos, del que me dio al despedirnos. Del abrazo sincero entre Julia y su madre cuando...

—Maaaaaatt...

Suspiro y lanzo un gemido quedo, antes de abrir el ojo. Ante mí, una Julia pletórica que sostiene una tableta de chocolate.

—Tiene muy buena pinta, cariño. —Bostezo y me estiro un poco.

—Entonces te encantará saber algo: había Schwarzbier...

Y de repente, como si hiciera un truco de magia, despliega una segunda tableta de chocolate y suelta “¡Tará!”.

—Así me gusta, ahora podré picar algo dulce antes de probarte a ti. — Vuelvo a bostezar—. ¿Voy a poder ayudarte a colocar todo o me vas a echar otra vez de la cocina?

—Solo por hoy, y confiando en que por fin sabes dónde va cada cosa, dejaré que lo pongas todo tú mientras yo me siento y veo la tele.

No puedo evitarlo, me carcajeo. Sé que cuando dice cosas así no intenta hacerme daño, que lo dice todo sin malicia; no me siento un inútil como con Grethe. Julia me da el chocolate, intercambiamos puestos y voy hasta las bolsas que ha dejado en la encimera. Pescado y ensalada a la nevera, tres patatas a la cesta de la encimera, la leche en su cajón, los cereales al armario...

Eh...

—¿Julia?

—¿Sí?

—¿Dónde están las cervezas?

Se acerca al umbral que da a la cocina rascándose la cabeza, frunciendo de paso el entrecejo.

—Mierda... —Hace un puchero y me asusto. Le acaricio el pelo cuando me rodea con sus bracitos y me balanceo con ella, esperando, dándole su tiempo—. Perdóname, Matt, lo he entendido mal; cuando has dicho que si había Schwarzbier te trajera dos, he entendido que lo ponías como condicional de cara a comprar dos tabletas de chocolate, que ha sido lo último que te he dicho...

Lanzo un suspiro resignado antes de reírme, alzándole la barbilla.

—Te quiero.

Su expresión de honda tristeza cambia a sorpresa y alegría. De repente se sonroja y me aprieta contra ella con mucha más intensidad que antes. La llevo hasta el sofá y se sienta sobre mí, trazando círculos en mi pecho para terminar de tranquilizarse.

—¿Por qué no te enfadas conmigo? Todo el mundo lo hace, Matt...

—Bueno, quizás es porque yo te quiero y te acepto tal y como eres, y no me importa cenar sin cerveza un día. Sería un mezquino si me enfadara contigo por una estúpida lata, o te hiciera sentir mal. Además, ¿quién necesita alcohol teniendo dos tabletas de chocolate y a una morena preciosa entre los brazos?

Consigo hacerla reír. Nos miramos y alza la mano; espero una caricia, pero no, solo me quita una legaña.

—Eres mi ser humano favorito.

—¿Me perdonas si te confieso que no puedo decir lo mismo?

Julia lo medita durante un momento; después, asiente.

—Si Pauline fuera mi hija tampoco lo serías tú, que lo sepas. No conozco tan bien a los gemelos como me gustaría, pero ir detrás de tus tres hijos no me parece mal.

No me deja alternativa, cierro los ojos y la beso. Con pasión, con necesidad, intentando unirla a mí a través de sus sensuales labios.

—En realidad me refería a Angelina Jolie...

Sin abrir los ojos sé que Julia pestañea, quizás estupefacta al creer que hablo en serio, aunque gime cuando dejo que mis dedos escapen hacia sus pechos. Me lleno la mano con el izquierdo hasta que me estira del cabello con suavidad, apartándome de ella.

—Pues que sepas que yo hace un rato he fantaseado con que me lo montaba con Ranveer Singh.

Por el brillo de su mirada sé que está bromeando, aunque por un momento me la imagino en el centro de un trío y me vuelvo loco.

—¿Y ese notas quién es? ¿La tiene como yo?

—Es un actor de Bollywood que tiene un cuerpo de escándalo. Y no sé, no he podido estudiársela tan bien como a la tuya; la pasión del momento, ¿sabes?

—Ajá...

Ojalá tuviera cuatro manos. No sé cómo lo hago, pero consigo encontrar una buena postura sobre ella en el poco espacio que nos proporciona el sofá.



Julia está dormida. No puedo evitar acariciar tenuemente su espalda cada vez que respira, pasando los dedos una y otra vez sobre el pijama de franela naranja que recubre su cuerpo.

Oh, su cuerpo... Me encanta sentirlo sobre el mío, aunque me lo paso mejor cuando lo tengo debajo.

No puedo evitar sonreír y cerrar los ojos, dispuesto a dormirme en el acto y hacer mío el, según Julia, noble arte de la siesta.

Me muevo ligeramente, buscando la mejor postura posible y provocando que ella recoja una de las rodillas para estar más cómoda.

Mierda. En todos los huevos.

No quiero despertarla sin más, decírselo y que se sienta culpable por estar aplastando lo que tanto placer nos está dando a ambos desde hace semanas, así que toso con fuerza para disimular. Se lleva una mano a la cara y bosteza, clavándome todavía más la rótula. Frunzo el ceño y miro al techo, buscando una solución. Le acaricio el rostro, acallando un gran quejido proveniente de mi entrepierna.

—Buenos días.

Me mira entre somnolienta y confusa.

—Es por la tarde.

Cierro los ojos e intento sonreír.

—¿Me das un beso, bella durmiente?

Esboza una gran sonrisa y se desliza sobre mí. No puedo evitar soltar un suspiro de alivio cuando me libera, aunque lo transformo en un gemido cuando se lanza a por mi boca. Menudo ímpetu. Jamás me habían besado así, dándome el alma y la vida en cada beso.

Julia pasa las piernas por mis costados y hunde la cara en la almohada del sofá, rozándome la mejilla con la nariz. Se recoloca como puede las tetas y la sangre se me altera por completo. Intento dejar de lado la sensación de que me voy a empalmar de un momento a otro. Creo que si supiera cuántas veces al día quiero hacérselo, se asustaría.

Jensen, tienes que evadirte. Pensar en cachorritos y esas mierdas.

Julia me acaricia el pecho con los ojos cerrados, besándome despacio. Domino el impulso de quitarle las bragas y comérselo entero porque, joder, yo nunca he sido así de salido...

—Matt, ¿en qué piensas?

Suspiro. Pienso en ti, en tu apetecible cuerpo y en las ganas que tengo de metértela hasta el fondo como siempre que me pides más.

—En nada.

—Pues yo pensaba en ti.

Oh, Julia, ¿quieres tema?

—¿En mí? —Asiente, rozándome el cuello y poniéndome malo. Quiere tema, vamos que si quiere tema—. ¿Y eso?

—¿Qué le dijiste a tu cuñado en Navidad?

¡Venga ya! ¿En serio? Suspiro, decepcionado porque mi deseo no es contagioso. Intento recordar a qué se refiere. Cuando por fin visualizo la cara de gilipollas que se le quedó a Heinrich, sonrío.

—“Si quieres que vuelva a partirte la cara, me lo dices”.

Miro a Julia y ella parpadea, como hace cada vez que alguien le dice algo que la sorprende.

—¿Cuándo le has partido tú la cara a Heinrich?

Vuelvo a bucear entre fechas y suspiro al recordar ese verano. ¡Quién pudiera volver a vivirlo! Entablo contacto visual con la mejor amante y pareja que he tenido hasta ahora y sonrío. Me lo pienso mejor y decido que no volvería atrás. Tengo dinero, salud, estabilidad y sexo con alguien que me quiere y a la que yo mismo adoro.

Uffff... se me va la cabeza.

—Cuando tenía dieciséis años Heinrich y sus amigotes me pegaron una paliza.

Julia me mira con los ojos como platos, entreabriendo los labios. Esos labios... esa boca...

—¿¡Por qué hizo tal cosa!?

Al recordar el motivo y lo que vino después, empiezo a dudar sobre si contárselo todo. Al final opto por encogerme de hombros.

—Tuvimos unas diferencias. Entre Heinrich y sus amigos me dejaron hecho una mierda en el claro de un bosque, cercano al campamento de verano en el que estábamos; él fue el que me hizo esto.

Sonrío en plan maníaco homicida para enseñarle bien las palas, hundidas varios milímetros por un rodillazo en la boca que todavía me duele. Julia hace un gesto de grima que me entenece, aunque cambio un poco la expresión cuando decide acariciarme los labios, mirándolos fijamente.

Quiere tema.

Me acerco a su cara despacio, esperando a ver si me rechaza o no. Justo antes de besarla, se aclara la garganta.

—¿Y entonces qué pasó?

Oh, venga...

—Que un par de meses después, saliendo de un ensayo con mis compañeros, nos lo encontramos. Le arrastré a un callejón y le di la paliza de su vida. Ah, y lo hice yo solo, no necesité que intervinieran los otros cuatro tíos que me acompañaban.

—¿¡Y Heinrich no hizo nada al respecto!? No me parece una persona que deje pasar algo así...

Miro al techo, pensando en la pelea; el cabrón consiguió darme un par de veces, pero terminó mordiendo el polvo. Me parece oír las risas de mis compañeros y los farfullos sanguinolentos de Heinrich.

—Me dijo que se las pagaría, que me iba a joder la vida. —Me encojo de hombros—. Al final se quedó en meras palabras: me la terminé jodiendo yo solo, aunque ahora lo estoy arreglando.

La beso despacio y ella sonrío, pero solo a medias.

—Ay...

Julia mira al infinito y me angustio. ¿La habré asustado? Espero que no...

—¿Qué pasa?

—Que estuve media cena queriendo estamparle un plato en la cabeza, pensando que sería la primera en partirle la cara, ¡y te me has adelantado!

Me sonrío medio disculpándose, preguntándome con la mirada si ha hecho bien el chiste. Que se esfuerce así me encanta, me excita, me hace querer perderme en ella durante horas. Me río, acunándola contra mi pecho.

Mi pequeña camorrista... ya sé que esa noche mi madre estuvo a punto de perder su “vajilla de las ocasiones especiales”, pero me alegra que te contuvieras. Tu suegra no te lo habría perdonado tan fácilmente.

—Perdóname, amor, te prometo que la próxima vez le sujetaré mientras le das un par de bofetadas.

—Más te vale.

Ella se ríe, intentando adivinar si estoy de broma o no. Al final deja la respuesta en el aire, me besa y me acaricia despacio. No puedo hacer nada que no sea devolverle todo el amor que ella me está ofreciendo. Quiero abrazarla y lo hago; deseo hacer que se sienta amada y bien consigo misma, porque su amor consigue que yo me sepa querido y completo al fin.

No quiero perderla nunca.

—No sabes lo bien que estoy cuando puedo tumbarme aquí, bajo tu cuerpo.

—Para mí también es muy enriquecedor, Matt, porque jamás lo había hecho. Pero contigo no me importa, me siento tan bien que todo lo malo que me ha pasado carece de importancia.

Atraigo su cabeza hacia la mía y le beso el pelo con devoción. Soy incapaz de mantenerme duro con esta mujer cerca, lo que soy y lo que tengo no importa si está conmigo, pasa todo a un segundo plano, relegado por un sentimiento tan potente que, a veces, me deja sin respiración.

Julia se gira para mirarme y besarme despacio, muy somnolienta. Tengo el ego por las nubes sabiendo que todo lo que dice y hace le sale del corazón.

—¿Sabes? Antes, cuando me preguntaban qué me animaba la existencia, solo podía contestar con el recuerdo de mis hijos. Ahora puedo ampliar la respuesta. —Atrapo sus labios con los míos hasta que me separo con una sonrisa—. Te amo.

¡Ahí está! Esa expresión de felicidad y sorpresa que me alegra y decepciona a partes iguales. Sé que sabe que es verdad, que la quiero con todas mis fuerzas, pero parece que una parte de su, a veces, peligrosa mente se niega a creerlo.

—Yo también te amo, Matt.

Me mira directamente a los ojos y puedo recrearme en ellos, en el chocolate negro que se funde con la oscuridad de su ánimo.

Me he propuesto sacar la luz que sé que existe en Julia y lo voy a conseguir. Ella cierra los párpados y suspira, despeinando todavía más el vello que me asoma por el cuello del pijama.

Nos quedamos en silencio, acariciándonos sin picardía, con ternura, disfrutándonos. Pienso en qué podría hacerle de cenar, y que me gustaría que ella hiciera ese bizcocho de nueces que preparó con Pauline y mi madre antes de volver de Bremen. Cuando se lo menciono, se incorpora sin darme tiempo a intentar detenerla. En dos respiraciones ha tomado rumbo a la cocina. Yo necesito un poco más de tiempo para levantarme, maldiciéndome por haber acabado con nuestro momento.

Me incorporo, dispuesto a despejarme y ayudarla, pero antes de que pueda ponerme en marcha escucho un grito breve y un golpe. La veo haciendo equilibrios sobre una de las banquetas, apoyándose con ambas manos en uno de los muebles altos de la cocina con la cara blanca y expresión de susto. La cojo en brazos, apretándola contra mi pecho y

calmando el temblor que la recorre de parte a parte.

—Julia, cariño, ¿estás bien?

—Buscaba un molde y casi me dejo la cabeza. Si no me hubiera agarrado al armario, habríamos terminado el día en urgencias.

Trago saliva, imaginándomela tendida en el suelo de la cocina, presumiblemente inconsciente. Cierro los ojos y me la llevo al sofá, intentando sofocar los escalofríos que padece a base de besos y abrazos.

—Prométeme que nunca volverás a subirte a una, ¿de acuerdo? A mí no me importa coger lo que quieras, Julia, no hace falta que te arriesgues a una caída.

Se lleva la mano al pecho haciendo una cruz y me mira, asustada. Le beso la frente, llevando una de sus manos a mi propio corazón para comprobar que sigue latiendo a pesar del infarto por el susto. Julia se echa a reír de repente y se abraza todavía con más fuerza, presa de un episodio de nervios y alivio.

—Oh, por los dioses, qué susto...

Quiero tranquilizarla, así que no se me ocurre nada mejor que distraerla preguntándole algo que, además, llevo tiempo queriendo saber.

—¿Dioses?

Julia asiente y se queda mirando al vacío, recordando.

—Durante toda mi adolescencia leí muchos libros que hablaban de dioses; *Canción de hielo y fuego*, *Memorias de Idhún*, la Biblia...

—¿Estás comparando “Juego de tronos” con las sagradas escrituras?

—Ambos narran historias que, en cierta manera, hablan de una hipotética creación de la raza humana entremezclando moralejas, dichos populares y eventos históricos alterados, ¿no?

Cierro los ojos, humedeciéndome los labios. Cada vez que saco las creencias a relucir me bloquea.

—Continúa.

—Cuando mi padre se enfada, se estresa o algo le saca de quicio, blasfema mentando al Dios de la Biblia; inevitablemente terminé haciéndolo yo también, pero mi madre me lo prohibió.

»Consideré que su ley hogareña tenía una laguna, así que en vez de nombrar a Dios en singular empecé a hacerlo en plural, sumando todos los dioses que conocía.

Se encoge de hombros, seguramente encontrando lógico y natural lo que acaba de contarme. Me llevo una mano a la cara y me carcajeo, imaginándome la expresión de Carmen cada vez que Julia jura.

Guardamos silencio un par de minutos hasta que se estira y se levanta, agarrándome de los dedos con mimo para que la imite. Suspiro y lo hago, pensando en cómo voy a disfrutar el bizcocho que me va a hacer.

No, definitivamente no volvería atrás.



—Ahí la tienes.

Señalo la bolsa en la que he metido las cosas de Julia. Él me fulmina con la mirada; no voy a decir que lo haga con desprecio, pero sé que está cabreado conmigo.

Y no le faltan razones.

Se acerca hasta el sofá en el que me he dejado caer. Intento esconder todo lo que hay sobre la mesita auxiliar poniendo un par de libros sobre los papeles, pero el gesto no le engaña. Sin que me lo pida, le enseño por encima los folios que estoy preparando para pedir a los guionistas que acribillen a Connor Hubbard esta temporada, y yo pueda volver a Bremen.

Ya no tengo nada que me retenga aquí.

—¿Estás gilipollas o qué pasa? —Nos miramos. Se golpea la frente con una mano y vuelve a enfocarme, todavía más enfadado que antes—. Vengo aquí para decirte que eres un cabrón... ¡y me encuentro con que estás hecho un puto desastre y te quieres largar! Vamos a ver, ¿qué hostias ha pasado, Matt? Porque Julia me lo ha explicado, pero creo que no ha acertado con el contexto.

Se lo digo. Se lo cuento todo, hasta lo que no he sido capaz de confesarle a Julia. La razón de nuestra discusión, los planes que tenía, cuánto la quiero y cuánto me odio por el daño que le he causado. Nacho entreabre los labios, se acaricia la nuca, se despeina y vuelve a mirarme.

—Y entonces ella...

—Sí, esa parte la tengo clara. —Compartimos una mirada—. Te voy a dar la dirección del hotel y vas a ir a hablar con Julia. Lo vais a solucionar. Y como soy un tío la hostia de simpático, voy a ayudarte con toda la locura que te has estado montando tú solito porque sé que, en el fondo, le va a gustar.

Me tiende la mano con firmeza para que se la estreche y me levante. Crece en mí un hálito de esperanza, un sentimiento que había perdido cuando Julia cerró la puerta de nuestro piso; me levanto, cojo todos los papeles que había emborrinado y los tiro a la basura. Me lavo la cara, agarro la bolsa y

traspaso el umbral con Nacho detrás de mí.

Agradecimientos

Querido lector o lectora:

Gracias, gracias, gracias, ¡gracias! Mil millones de gracias porque, si estás leyendo esto, significa que hiciste lo propio con “Baila conmigo” y que has querido saber más. Espero de corazón que Matt te haya enternecido, pues no deseo otra cosa ù

¿Por quién continúo? Se me acumulan los nombres. Creo que voy a empezar por Carmen y Sergio, que no solo le dieron la oportunidad a Julia en su día: me apoyan y me siento muy querida, aunque esté a kilómetros de ellos. ¡Incluso me han abierto las puertas de su hogar! Y no, no me refiero solo al plano kelonio, es algo literal xD Os quiero <3

Debo continuar por Carolina Bensler, que es una persona y una profesional increíble. Me ayuda, me apoya y, aunque a veces creo que la saco de quicio, me soporta y me quiere XD Oh, y si Julia ha tenido una fantasía con Ranveer Singh, que sepáis que es culpa de la Bensler X'D Inga ga porí, Pinga ga porí, Pinga ga porí Pinga...

Chus, gracias siempre por aportar tus ganas, tu fuerza y tu simpatía. Gracias por darme la oportunidad de estar delante de un micro y hablar de El almacén de la memoria. Gracias <3 También a todos mis compañeros de agencia, sobre todo a Víctor Fernández Correas por su maravillosa presentación, y a Elena Montagud, porque es un amor de persona y una escritora increíble.

Las chicas del club de lectura de La Casa del Libro de Valencia son la caña, un amor de personas. No solo me brindaron la oportunidad de presentarles a Julia, se han hecho fans de mi recogida y abrazable *aspie-girl* hasta el punto de desplazarse hasta la feria de Moncofa para verme. No podéis siquiera imaginar lo que sentí al veros aparecer. ¡Carmen, Amparo, Estela, sois la leche! Y no me olvido de Anabel, Julia, Elena y de todas las personas que me habéis firmado el cuaderno (aunque se me olvidara en mi segundo viaje a Valencia λ). Sin pasar de línea, gracias a todas aquellas personas que, durante la feria y los eventos, se dejaron engatusar por mis cantos de sirena XD Susana O, MariCarmen, Ana V, gracias por ese fin de semana en Madrid <3 La Rossa, París, mil gracias <3

Gracias a Montse, a Lola, a Elinfel, a Háblame de las Mariposas, a A lo

Aspergiano, a todas aquellas personas relacionadas con el Asperger que se han interesado por el libro, que han querido saber más, que me han guiado y comprendido, que han compartido mis publicaciones para dar luz a miles de personas incomprendidas.

Gracias siempre a Pepe, a Graciela, a Graci, a Ainhoa, a JuanK, a Alejandro, a Vir, a Susana M, a Susana B, a Adrián, a Becka, a Anita, a Lotta, a Elisa, a mi gema Alizia, a Lara... a Leti. Gracias, Rey de los Furcios, Darío de mi corashón. Gracias, Jorge, por estar varios días con mi portada de foto de perfil mientras lo leías. Gracias, Ana, por ser lectora cero y por cómo me has ayudado con el cierre de la trilogía, porque acabas de compartir en tu muro la foto sin que nadie te lo pidiera. Ojalá algún día yo encuentre a mi propio Juanjo, porque es un hombre verdaderamente admirable y achuchable; vuestra Ratoncita lo ha heredado también. Gracias a todos y cada uno de los lectores de Alhama de Aragón, a todas las del rincón, a todos los que me han buscado por las redes sociales para dejarme comentario. Sois mi todo.

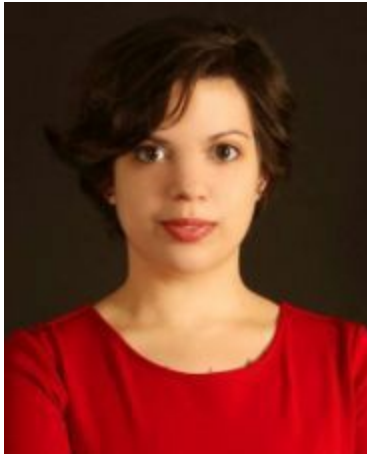
Gracias a cada una de las personas que, después de leído, han invertido su tiempo en poner un comentario con su opinión, porque estoy segura de que habéis conseguido captar la atención de decenas de personas que han decidido comprarlo. También a las personas que han hecho una reseña, invirtiendo todavía más tiempo en Julia y en mí. ¡¡Gracias!!

Gracias, papá, por tu cariño y tu apoyo.

Gracias, verdadero Matthi, por tu carisma y por tu sonrisa.

Perdóname, mujer del verdadero Matthi X'D No pretendía que Grethe fuera tan mala gente :'(

Susana Bielsa

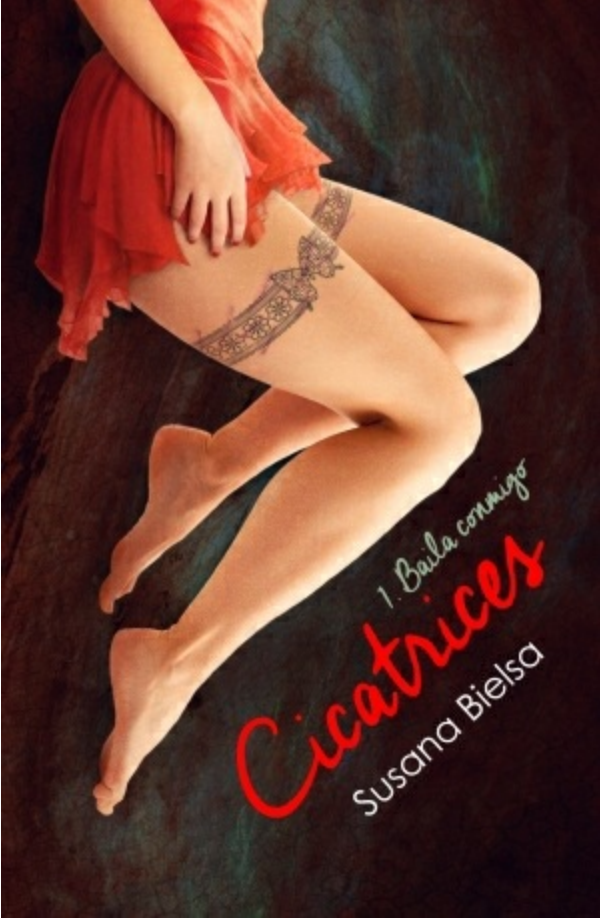


Susana Bielsa es una autora nacida en Zaragoza una fría mañana de enero de 1991.

Aunque le han dicho que escriba una pequeña biografía no sabe qué decir de sí misma, aparte de que le gusta lo que a cualquiera (leer, escuchar música, viajar a su rollo y si es sola, mejor) y que no tiene delitos en su haber.

Ha participado en varias antologías (“Deseo eres tú” de Kelonia, “El libro del escritor” de la plataforma ELDE, “Búnker Z” de la plataforma homónima) y va a publicar con Kelonia su primera trilogía, “Cicatrices”.

Si queréis conocerla un poco más solo tenéis que buscarla en Facebook, Twitter e Instagram. También tiene un blog en el que escribe retos creativos, reseñas e idas de pinza.



Cicatrices. Baila conmigo (Serie Cicatrices 1)

Bielsa, Susana
9788494480263
300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Todo el mundo tiene cicatrices... y muchas no se aprecian a simple vista.

Ese es el caso de Julia, que tiene tantos remiendos a nivel físico y emocional que hasta ella misma ha perdido la cuenta. Una herida, sin embargo, permanece abierta y sangrante: tiene miedo. Miedo del mundo, miedo de la gente, miedo de su ex, miedo de sí misma. Decidida a hacer algo al respecto recorre medio mundo acompañada de Nacho, su mejor (y único) amigo con el objetivo de ser feliz. La meta es ya de por sí complicada, pero Julia tiene una dificultad añadida: aunque es perfectamente capaz de conectar con las personas que la rodean no sabe manifestarlo, en según qué momentos no entiende a la gente y en otras muchas ocasiones ni siquiera permite que la toquen. Vive en su propia realidad rodeada de datos, recuerdos y una montaña de traumas.

¿Conseguirá perder la rigidez que caracteriza su existencia? ¿Qué le depara su nueva vida? ¿Será capaz de salir de su burbuja y descubrir

todo un mundo de vivencias y sensaciones hasta ahora desconocidas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



SERGIO R. ALARTE

BUTTERFLY

- EDICIÓN INTEGRAL -

ILUSTRACIONES: DAVID PUERTAS

Butterfly

Alarte, Sergio R.

9788494480287

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

James Olmos es el capitán de la Butterfly, una corbeta del siglo XLI tuneada para el contrabando a velocidades de vértigo. Jamás pensó que su vida podría dar un vuelco tras veinte años jugándosela a doble o nada, pero todo ha cambiado a partir del último trabajo. La Autoridad Interestelar ha conseguido capturar a su socio, Philip Morris, para dar con sus huesos en una mina de un planeta remoto.

Obligado por las circunstancias, James empieza a formar una nueva tripulación. Es así como conoce a Sasha Lexor, una joven muy habilidosa para el pilotaje que guarda sus propios secretos. Necesitará pasajeros si quiere reunir una buena suma de dinero que le permita rescatar a Phil, así que acepta a los más perseguidos de la galaxia.

Todos en la Butterfly huyen de algo, pero ninguno de ellos puede siquiera sospechar los peligros que los esperan.

Visitarán un planeta de hielos perpetuos, habitado por gigantes de otra era; correrán por desiertos infestados de oscuros, unas criaturas horripilantes que amenazan la integridad de la mismísima Alianza; conocerán leyendas que jamás creyeron reales, y temerán a la

oscuridad que oculta a sus enemigos.

Pero por encima de eso, formarán una familia dispuesta a todo en su lucha por sobrevivir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)